

188
Crónica Colección
LAS DUDAS

DEL

TIO REBOLLO:

SEIS CONFERENCIAS

PARA PROBAR LA CONFORMIDAD DE LA CIENCIA MODERNA
CON LA TRADICION MOSÁICA Y LAS VERDADES DEL CATOLICISMO,

POR

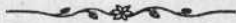
DON MANUEL CASADO,

Presidente de la Sociedad Malagueña de Ciencias y Diputado á Córtes.

PRECÉDELAS UNA CARTA-PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.



MADRID:

IMPRENTA DE T. FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

—
1877.

LA BIBLIA

EL REINO

DE LOS CIELOS

Y LA VIDA DEL REINO

DE LOS CIELOS

Y LA VIDA DEL REINO

DE LOS CIELOS

Y LA VIDA

DEL REINO

LAS DUDAS DEL TIO REBOLLO.

LAS DUDAS
DEL
TIO REBOLLO:

SEIS CONFERENCIAS

PARA PROBAR LA CONFORMIDAD DE LA CIENCIA MODERNA
CON LA TRADICION MOSÁICA Y LAS VERDADES DEL CATOLICISMO,

POR

DON MANUEL CASADO,

Presidente de la Sociedad Malagueña de Ciencias y Diputado á Córtes.

PRECÉDELAS UNA CARTA-PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.



MADRID:
IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

—
1877.

OVERVIEW

The purpose of this document is to provide a comprehensive overview of the project's objectives, scope, and deliverables. The project aims to develop a new software application that will streamline the workflow of the department and improve efficiency. The scope of the project includes the design, development, testing, and deployment of the application. The deliverables of the project are a fully functional software application, user manuals, and training materials. The project is expected to be completed within a timeline of six months. The budget for the project is estimated to be \$100,000. The project is being managed by the Project Manager, who is responsible for ensuring that the project is completed on time and within budget. The Project Manager will work closely with the development team to ensure that the application meets the requirements of the department. The development team will be responsible for the design, development, and testing of the application. The testing team will be responsible for ensuring that the application is free of bugs and meets the quality standards of the department. The deployment team will be responsible for installing the application on the department's servers and providing training to the users. The project is expected to have a positive impact on the department's workflow and efficiency. The application will allow users to perform their tasks more quickly and accurately, which will result in a reduction in errors and a faster turnaround time. The application will also provide a more consistent and standardized workflow, which will improve the overall quality of the department's output. The project is a high-priority initiative for the department and is expected to be a major success.

ADVERTENCIA.

Un deber de conciencia me impulsó á escribir este opúsculo, sin otra mira que la de ofrecer á los católicos armas, con que defender sus creencias contra los ataques de la impiedad.

Por razones que no es necesario explicar aquí, la idea escéptica ó atea, ha venido á ser un complemento del ultra-liberalismo; y con dolor hemos visto, entre los años 1868 y 1875, hombres que habiéndose mostrado siempre, hasta la primera de esas épocas fervientes católicos, al ambicionar despues medros por la política, se apartaban y renegaban de sus antiguas creencias, á efecto de alguna súbita iluminacion, con que el movimiento revolucionario los favoreciera, haciéndoles reconocer que los recientes adelantos de la ciencia eran incompatibles con las enseñanzas del catolicismo. Hubo grande y tangible

interés en acreditar esto último; y así se explica llegar el caso de que personas ilustradas y sinceramente religiosas, se halláran á veces en la imposibilidad de contestar á falaces objeciones, propuestas por quienes, con ménos verdadero saber, las traian, sin embargo, mañosamente preparadas.

Tocaba evidentemente á los que, con más ó ménos suerte, á vulgarizar la ciencia se dedican, poner la cuestion al alcance de todos los entendimientos; y yo he procurado hacerlo con toda la frialdad de razon, que á un expositor científico cuadraba. Y tal ha sido mi confianza en la plena é íntima concordancia de la religion con la ciencia, que, temeroso más bien de que no se me ocurrieran ó no recordára todos los argumentos anti-cristianos, con tales fundamentos desenvueltos, provoqué á que se produjeran otros desde las columnas de uno de los periódicos de más circulacion en España, y el más leído ciertamente en el extranjero.

Solamente dos cartas me remitió el Director de *La Época*, como consecuencia de tal reto: una de Cartagena y otra de Barcelona; ambas anónimas. El krausismo madrileño no se atrevió, tal vez no se dignó, contestar: híceme pues cargo de las objeciones que dichas cartas contenian, por cierto no de gran fuerza, y sigo creyendo, que no es fácil se aduzcan otras más importantes.

Tal es la explicacion, que juzgo deber dar á mis lectores, por la forma en que les ofrezco estas conferencias, en las cuales el mayor trabajo ha sido el de condensar la materia, para que resultasen breves y de fácil comprension. He debido por ello, renunciar al intento de realzarlas algo con ciertas galas literarias, que mi amigo el eminente escritor, Excmo. Sr. D. José Amador de los Rios, echa de menos, segun puede verse en la erudita y deleitosa carta que sigue á estos renglones; pero á bien que en su mismo escrito encontrarán los aficionados á la buena literatura todos los primores de estilo que á las *Conferencias* faltan. Por ello doy gracias á mi bondadoso amigo, que de tal modo se ha dignado atender á esta necesidad.

Debo tambien tributarlas, y muy rendidas, á los sabios eclesiásticos, con quienes he juzgado oportuno consultar cuestiones, que no eran de mi especial competencia. En particular las dirijo muy colmadas á los respetabilísimos Sres. D. Juan García Guerra, Arcipreste; D. Juan Nepomuceno Lopez, dean, y don Juan Nepomuceno Zegoi, canónigo provisor de la Santa Iglesia catedral de Málaga. Ni podria olvidar tampoco en este momento al no ménos sabio y digno Cura párroco en la misma ciudad, D. Francisco de Paula Urbano.

Todos han concurrido, en lo que puede tener de bueno, á esta obra, que, si bien de pequeñas proporciones y mezquina apariencia, ha requerido mucho tiempo y trabajo. Sin la docta cooperacion de tan ilustrados varones, tal vez no la hubiera podido llevar á término; pero adviértase bien que si algo se encontrare en ella de inconveniente ó aventurado, sólo será de mi propia cosecha; no de la suya. *Suum cuique.*

MANUEL CASADO.

Sr. D. Manuel Casado y Sanchez de Castilla.

Muy querido amigo mio : Con verdadero placer recibo la muy grata de V., á que se sirve unir un ejemplar de las *Conferencias*, que bajo el título de *Las Dudas del tio Rebollo* tiene publicadas, y que constituyen uno de los más útiles y fructuosos libros, que han salido en estos últimos años de las prensas españolas. Díceme V. que intenta darlo de nuevo á la estampa; y procura al propio tiempo obligar mi amistad, para que le manifieste mi pobre juicio sobre el mérito y las esperanzas de las *Conferencias* referidas.

En verdad, es el deseo de V. tan generoso y legítimo, como grande el compromiso en que me pone; porque, trayendo ya su libro, como trae á mis manos, con el aplauso de los más, la aprobacion de los doctos significada en la prensa periódica, ni ha de ser ya posible para mí el decir sobre él nada nuevo, ni aunque lo

fuera, osaría yo disentir del pronunciado fallo, en materias tan delicadas y difíciles, como las que V. ha tratado en su libro. Temeroso, no obstante, de que V. pudiera atribuir á dudoso afecto lo que en realidad sería sólo discreto temor, á riesgo de ser calificado por alguien de importuno, quiérole exponer, leído todo el libro, las observaciones que desde luégo me ha inspirado. No se me enoje V., mi excelente amigo, si estas mis observaciones fueren algun tanto arqueológicas, porque la culpa toda de ello nace ciertamente de la índole y sustancia de sus *Conferencias*.

Leyéndolas, han brotado en efecto en mi memoria vivísimos recuerdos de ciertos libros, que son otras tantas joyas de la literatura patria, durante la Edad-Media. Debidos á reyes, príncipes, magnates y prelados, para quienes no eran la moral y la ciencia letra muerta y vana, como generalmente se ha supuesto; inspirados unas veces por el espíritu de controversia; engendrados otras por el celo del bien, reflejan todos las más hidalgas aspiraciones en orden á la moral, la religion y la política, produciendo su estudio el convencimiento de que en todos los instantes y grados de su cultura siente la sociedad y padece análogas necesidades y dolencias. Trátanse en estas obras las mismas cuestiones, que usted trae al tablero en sus *Conferencias*, y por cierto que no

carecen de luz, sobre todo en la parte *escrituraria*, tan del gusto de aquellos dias como olvidada en los presentes. La creacion del mundo; la antigüedad y autenticidad de los libros genesiacos; la santidad y veracidad de los proféticos; la integridad y plenitud de las edades, que preceden al advenimiento de Cristo; y finalmente, la venida del verdadero Mesías, hijo de Dios y Redentor del género humano..., todos éstos y otros interesantísimos puntos se hallan en las precitadas obras tocados bajo multiplicadas relaciones, ya para fortalecer y purificar las creencias de los cristianos, un tanto adormidas ó dañadas, ya para rechazar y desvanecer los tiros y errores de los que, dentro del suelo Ibérico, profesaban diferente *credo*.

La existencia de estos libros y su sucesiva aparicion demostraban, pues, que durante los siglos medios se habian derramado y cundido entre las clases sociales las semillas de la duda y los frutos de la impiedad, como en la edad que nosotros alcanzamos. La diligencia de sus autores en acudir al remedio desde las más elevadas esferas, nos persuade por otra parte de la grandeza del peligro, áun dadas las especialísimas condiciones históricas, en que vivian nuestros padres. La incredulidad y el fanatismo lucharon allí tan rudamente, como luchan en nuestros dias; y no faltaron espíritus fuertes que

proclamaran, de uno y otro lado, el divorcio de la *religion* y de la *ciencia*. Pero tampoco faltaron generosas y sábias protestas contra esta infelicísima aberracion, destinada á reverdecer en tiempos más cercanos, lo cual V. reconoce en algunos pasajes de sus *Conferencias*.

Un coronado escritor, á quien novísimos historiadores califican de *ignorante é iliterato*, don Sancho IV de Castilla, aleccionado en la escuela de su padre y en su propia experiencia, deseoso sin duda de atajar los males que pudieran nacer de tan doloroso divorcio, lanzábase en medio de las lides intelectuales, para concertar los opuestos bandos. No otro fué su noble propósito, al concebir, escribir y dar á luz el doctísimo libro, que lleva el título de *Lucidario*. Las grandes empresas realizadas bajo los auspicios y en la Corte del Rey Sabio, respecto del cultivo de las ciencias naturales (*de natura*), habian sin duda aparecido como peligrosas á los maestros de la ciencia teológica (*de theología*): la lucha se habia entablado no sin escándalo; y era necesario que las «razones de theología é las razones de natura» se hermanaran é hiciesen unas, «en servicio de Dios é de la sancta fé cristiana».

Ya ve V., mi querido amigo, cómo en el último tercio del siglo XIII, se hacía ya sensible y pedía satisfaccion el mismo pensamiento, que ha puesto á V. la pluma

en la mano, para escribir el libro que me envía. Concor-
 dar la verdad revelada con las enseñanzas de las *ciencias
 de natura*, esto es, con las ciencias comprendidas hoy bajo
 el título de ciencias físicas y naturales, fué entónces el
 anhelo de don Sancho IV en su *Lucidario*. Á lo mismo
 aspira V. en sus *Conferencias*; y dada la semejanza del
 pensamiento, aunque difieren no poco la esfera en que
 respectivamente se desarrolla y los medios de desenvol-
 verlo, todavía es de notarse que V., como el hijo de
 Alfonso X, haya aceptado para esta obra didáctica la
 forma del diálogo. Don Sancho, hombre de la Edad-
 Media, penetra, sin embargo, « en las Escuelas, donde
 se leen los saberes, » para dar carne á la idea que le do-
 mina: V., hombre del siglo XIX, ha bajado hasta las es-
 feras populares, para buscar en ellas los personajes,
 sobre quienes debe refluir la luz de las ciencias. La di-
 ferencia del teatro por ambos elegido es sensible: don
 Sancho de Castilla, al tratar de la grandeza y de los
 atributos del Hacedor Supremo; al determinar su exis-
 tencia ántes de la creacion; al exponer la doctrina de la
 inmortalidad del alma; al interpretar las profecías y los
 misterios que preceden, acompañan y suceden á la ve-
 nida del Mesías; y finalmente, al reconocer la divini-
 dad de Cristo, habla en todo caso el lenguaje de la
 escuela, grave, sério, convencional y no de todos en-

tendido: V., al tocar estas cuestiones, extrémase en el empeño de ser claro; y, como ha escogido personajes en diferentes clases sociales, muévase más fácilmente en la exposicion de su doctrina, gozando al par de todas las ventajas y conquistas, que le ofrece el actual estado de las ciencias y de las letras.

Hé aquí, mi buen amigo, un punto de vista crítico, desde el cual sería posible discernir, haciendo más detenida comparacion del *Lucidario* y de *Las Dudas del Tío Rebollo*, el progreso intelectual de la raza humana, tésis principalísima que V. defiende en sus *Conferencias*. Pero básteme ahora con dejar apuntada la idea de relacion, tal como va establecida, no sin indicar que áun reconocido el humano progreso con los caractéres que V. le atribuye, es fuerza tambien confesar que esta pobre carne, cuyo barro vestimos, se halla en todos tiempos sujeta á muy semejantes prevaricaciones.

Duélese V., por boca de los personajes que figuran en sus *Conferencias*, de que la incredulidad de nuestros dias achaque y cargue al catolicismo la culpa de las grandes dolencias y duras vicisitudes, que el mundo moderno padece. Al leer la refutacion de tales cargos, ha asaltado mi memoria el recuerdo del singular ejemplo, que en los dias de un San Jerónimo y de un San Agustin, daba con igual intento el gentilismo: todas las catástrofes del

agonizante Imperio Romano, todos los triunfos de los bárbaros, todos los trastornos de la naturaleza, las inundaciones de los ríos, las erupciones de los volcanes, los terremotos, los incendios... eran atribuidos intencionadamente al crecimiento de los cristianos y á la difusión de su doctrina. Un insigne presbítero español, obedeciendo las indicaciones de Agustino y de Jerónimo, respondía á tan generales calumnias con la historia de la humanidad, sujeta desde el primer hombre á los mismos conflictos, desastres y desventuras que lloraba el siglo v.—El respetado Orosio, émulo de Tertuliano y de Arnobio, apelando á los grandes fenómenos de la naturaleza y exponiendo simplemente los acontecimientos, que ántes de la venida del Salvador habian derribado y levantado al par los más renombrados imperios de la tierra, desbarataba en sus *Historias* tan injustas prevaricaciones del expresado siglo, como V. aspira á quebrantar y desvanecer en sus *Conferencias* las de la Edad presente. Esta singular semejanza de los hechos y de los esfuerzos de la inteligencia, para combatir el interesable error de los tiempos, es una prueba más de que en análogos conflictos, aún siendo desemejantes los grados de cultura, siente y padece la sociedad las mismas necesidades y dolencias, acudiendo á muy parecidos medios para satisfacerlas ó mitigarlas.

No me negará V., dadas estas observaciones, que reconozco en su libro, no ya el buen deseo que le ha inspirado, sino tambien el alcance que V. ha sabido dar á las muy interesantes y vitales cuestiones, que encierra. Ni se me ha de enojar tampoco, si puesto por su amistad en el trance de mostrarle cuantas observaciones me haya sugerido su lectura, no me recato de darle mi parecer por entero. *Las Dudas del Tío Rebollo*, consideradas en su finalidad y como libro científico, justifican, á lo que me es dado entender, el aplauso que han merecido de la prensa periódica, conquistando á su autor la distincion y el aprecio de los hombres sensatos. Esto nadie podrá de buena fe ponerlo en duda; mas no sucederá tal vez lo mismo, en orden á la parte artístico-literaria.

Habrá alguno, en efecto, que al ver adoptada por V. la forma expositiva del *diálogo*, que es por su naturaleza altamente dramática, y al hallar reunidos en un solo cuadro los diferentes tipos sociales, que V. ha congregado en sus *Conferencias*, eche de ménos mayor fijeza y determinacion en la pintura de los caractéres, teniendo por seguro que ha renunciado V. voluntariamente á las muchas bellezas de arte, que hubieran esmaltado su libro, á haber procurado llenar aquel fin literario. Y en verdad, mi excelente amigo, que no hubiera

sido escasa la cosecha de ese linaje de bellezas, presupuesta la variedad de los tipos, en cuyo bosquejo hubiera usted podido seguir las brillantísimas huellas de nuestros grandes ingenios. Algo se asemeja realmente el buen sentido y la interesada ingenuidad del *Tío Rebollo*, labrador del siglo XIX, á la ingenuidad maliciosa y al recto juicio práctico del buen Sancho Panza, campesino del siglo XVI: alguna semejanza se descubre tambien entre el Cura de Bodonal y el Cura de aquel lugar, de cuyo nombre no queria acordarse el inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*; y ciertamente, modelados éstos y los demás caractéres, por V. apuntados en su libro, con el individual acento que cada cual pedia, sobre haberle dotado, respecto de la generalidad de los lectores, de un nuevo atractivo, habria V. podido aspirar á la palma, que saben conquistar en la república de las letras los grandes pintores. — V., atendiendo más directamente al fin científico que al literario, ha cuidado más en *Las Dudas del Tío Rebollo* de la dialéctica que del arte; y empeñado en producir determinado efecto en las esferas de la controversia, ha tenido sin duda por de mayor precio el galardón en ellas recogido. Yo, que en toda produccion de arte rindo por igual tributo á la esencia y á la forma, hubiera de buen grado querido ver á V. conquistando ese doble laurel, que es sin duda el que abre

las puertas de la inmortalidad á las grandes obras del ingenio humano.

Pocas palabras me será dado añadir respecto de las demas prendas, que avaloran su libro, asentadas ya estas indicaciones. Aspirando V. á producir resueltamente un fin útil, todo didáctico, no es de extrañar, por cierto, que no haya puesto formal empeño en dar á su estilo la riqueza y variedad de tonos y de colorido, que hubieran brotado espontáneamente de la natural variedad de los caracteres; y esclavo ya de semejante propósito, no ha sido sino muy consecuente el que revele en general su *lenguaje* cierta austeridad y precision, rara vez interrumpidas por el anhelo de derramar algunas flores poéticas en el campo de la discusion y de la controversia, donde coloca á sus interlocutores. La naturaleza del trabajo y las mismas fuentes, á que V. ha acudido para acaudalar y robustecer sus ideas, han sido, por otra parte, causa indubitable de que la frase, exacta y correcta casi siempre en su construccion, adolezca alguna vez de haber sido fundida en turquesa un tanto peregrina. Y lo mismo me atrevo á indicar respecto de la diction, que habitualmente rica, propia, correcta y castiza, revela de cuando en cuando que ha pretendido V. acaudalarla con extrañas preesas, no tan bien cendradas en el crisol nacional que hayan perdido el aire de verdaderos neologismos.

Tildes son éstas, que podrán parecer á alguno declaradas impertinencias.—V. ha querido, como leal amigo, conocer en todo mi pobre dictámen; y en el indeclinable deber de obedecerle, que tan bien cuadra á mi genial franqueza, he preferido las notas de rudo é ingénuo á las de cauteloso y reservado.

En suma, mi querido Manuel, me ha dado V. un gran placer, enviándome y haciéndome leer *Las Dudas del Tío Rebollo*. Es éste sin duda un libro llamado á fructificar dignamente, si por ventura no le faltare el aura que hasta ahora le ha favorecido; lo cual no puede en modo alguno ni esperarse ni temerse. Reimprímalo usted, pues, en la confianza de que cualesquiera que sean el gusto literario y las exigencias críticas de los que le hubieren á las manos, comenzada una vez su lectura, no le abandonarán hastiados. Esta fortuna, no deparada por cierto á todos los libros, que ven hoy la pública luz, seguirá galardonando los nobles esfuerzos por V. realizados, al escribirlo. Dichoso V., que ha podido repetir en cada una de sus páginas aquella piadosa pregunta, que dirigia á la incrédula gentilidad el inspirado cantor de los Mártires, que honró el nombre español bajo el imperio del Gran Teodosio :

Sed ¿quis non rapidi luminis arduam
Manantemque Deo cernat originem?...

Deseando á V. toda felicidad, le repite las gracias más sinceras por los buenos ratos, que le ha proporcionado con la lectura y exámen de sus *Conferencias*, su afectísimo amigo Q. B. S. M.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

Madrid, Enero de 1877.

LAS DUDAS DEL TIO REBOLLO.

«Con industria artificiosa
»Á cualquiera que encontraba
»Como enigma preguntaba,
»Por Bodonal y Helechosa.....»

GERARDO LOBO.—*Poesías.*

El tío Juan Rebollo es un labrador acomodado del pueblo de Bodonal. Así es que obtiene señaladas muestras de respeto de parte del nuevo Maestro de escuela, joven de ideas modernas adquiridas, merced á la enseñanza de un su catedrático que pasaba, y pasa, por eminencia entre los que tanto avaloran la Escuela superior de Madrid.

Labrador y Maestro vuelven del cementerio, donde han dejado en reposo los restos mortales de uno que fué amigo del primero, y por eso va éste triste y pensativo. No por que le acose el temor de que á su vez le llegue la hora de tomar rumbo hácia la tierra de la verdad : que es aún de buena edad Rebollo, y la designacion de Tío

más la debe á su carácter alegre que á los años. Tiene además buena salud y pecho ancho; pero... estimaba al difunto y al pensar en su futura suerte, no puede ménos de exclamar en voz alta: «¿Qué se habrá encontrado por allá?»

—¿Qué contaba haberse dejado, cuando vino? replicó el jóven Maestro.

—¿Cuándo vino...? ¡cómo! ¡eh!...

—Pues eso mismo hallará ó habrá hallado ahora. Lo propio que trajo, se lleva; y lo que dejó, encontrará: es decir, nada. Nació por una ley de la naturaleza, cuya materia constantemente se renueva y trasforma: en obediencia de la misma, muere. Ha concluido todo en él y para él.

—De modo, D. Julian, que lo mismo da que haya muerto ese amigo que un perro; y no hay para qué rezar por él, ni tratar más de su memoria.

—De fijo: es un animal de ménos en el mundo, cuya falta se sentirá en proporcion de la utilidad ó del entretenimiento que nos proporcionaba; y á su reemplazo hay que atender, para aprovechar el tiempo, mejor que á ensartar Padre-nuestros, que ya... ni oye ni agradece.

—¿Eso cree V.? Pues, amigo, lo que es á mí, se me hace duro pasar por animal; y sin meterme en quitar á V. el gusto, que pueda encontrar en ser tenido y tratado como tal, me aparto de esa hermandad y me llamo á otro lado.

—Esa es una chistosa ocurrencia, Sr. Rebollo, que denota su clarísimo ingenio; pero no es una razon. Es muy cierto que ni V. ni yo merecemos, ni quere-

mos ser tratados como animales, valiendo más que éstos; pero es en la tierra en que nos encontramos, y á la que hemos llegado por una série de trasformaciones, donde disfrutamos de esa superioridad; pues en cuanto á nuestro origen, indudablemente es el mismo que el de los perros ó los caballos, siendo una cosa ya bien averiguada por la ciencia moderna que la especie animal es única en su principio, como única es la materia y una sola tambien la fuerza, que la áanima.

— Pero ¡hombre!... Si yo nunca he visto nacer un muchacho de oveja, ni de cabra, ni de yegua, ¿de dónde saca V. que hombres y animales seamos todos unos, cuando la religion nos dice lo contrario?

— Lo saco del estudio : de lo que vale más que todas las consejas, cuentos y revelaciones; porque es siempre más seguro contar con lo que uno mismo puede tomar, que no con lo que los demás le den.

— ¿Y yo debo creer más bien lo que V. me dice saca del estudio que aquello que el Cura enseña, como transmitido por Dios mismo?

— V. puede hacer como quiera en eso, Sr. Juan; mas si yo con mis estudios le ahorro á V., no digo ya diezmos y primicias, pero siquiera gastos de bautismo y de entierro; si no le exijo violencias de cuerpo ni de espíritu; si no le obligo á pasarse ratos de rodillas, ni á que ayune; si no tuerzo sus gustos; si proclamo lícito que los muchachos jueguen, que los jóvenes busquen á las mozas y que los viejos beban; si aconsejo á cada uno que viva y obre á su gusto, y muera luego en paz, sin miedo á lo que despues venga, me parece que si V. me

repele, no faltará quien se me una; porque yo podré contar y hacer palpar lo que se va ganando con mis estudios, mientras el Cura tendrá siempre que hacer oficio de mal pagador, aplazando el cumplimiento de lo que prometan sus revelaciones.

—¿Querrá V. decirme qué religion es esa tan cómoda, y qué Dios el que la establece?...

—La religion y el Dios, que más se conforman con mi sér; la religion de mi gusto y el Dios de mi voluntad.

—¿Y no teme V. que el otro, el Grande... el de allá arriba, castigue sus blasfemias?

—¿El de allá arriba?... Por más que echo atrás la cabeza y elevo la mirada, no consigo verlo: si algun día se me pusiera á tiro, ya yo le diria lo que hiciera al caso.

—Es V. el mismo demonio, D. Julian.

—Ni Dios, ni diablo, tio Rebollo. ¿Puede V. imaginar siquiera que si existiera un Dios, como dicen los curas, á la par omnipotente, justo y misericordioso, andarian las cosas como andan? Si tanto puede y tan bueno es ese Dios, ¿por qué no impidió que Ramon, el Zurdo, asesinase á Juanillo, el Zagal, que era el sosten de su madre, viuda, y de cinco hermanos menores? ¿Y por qué consiente que el asesino haya vuelto de presidio ántes de dos años, rebosando salud y repleto de onzas, para ser, como está siendo, el azote del pueblo, dirigiendo las elecciones, poniendo y quitando alcaldes, saqueando á los ricos, humillando á los pobres, atropellando á las mozas y escandalizando á todos?

D. Julian, ha tocado V. un punto que suele ser mi

pesadilla en muchas ocasiones. ¿Cómo Dios, tan grande, tan poderoso y justo, consiente semejantes iniquidades?

—« Porque nos encontramos en un lugar de prueba y purificacion : » murmuró dulcemente la voz de un joven sacerdote.

—¡Hola! D. Luis : ¿nos estaba V. escuchando?

—No, señor *magister* : llegaba hácia Vds. adelantándome á mi anciano tío, que viene á su paso con el médico, y sólo he oído la desconsoladora exclamacion del Tío Rebollo, á quien no esperaba encontrar en una tarde como ésta, y despues de la ceremonia que hemos presenciado, tan poco firme en nuestra fe católica y tan mal avenido con la voluntad de Dios.

—Quizá sea V. muy mozo aún, señor Curita, para comprender las amarguras que mis años dejan exprimir, prensándose ya los unos á los otros; y aquí venía con el señor Maestro, que parece como que adivina los pensamientos, segun ha removido dudas, que siempre abrumaron mi cabeza y me tienen apenado, no sé si diga por falta de estudio ó por sobra de cavilaciones.

—Más bien será lo primero, Tío Rebollo: que el saber y el meditar nunca dañan.

—Pues hay quien dice que por el estudio y el saber se pierden las creencias y hasta se llega á negar á Dios.

—Los que tal dicen, si lo sienten, ni han estudiado, ni han llegado á saber. Es que sucede con el estudio lo mismo que con los caminos, que suelen ser tanto más malos y peligrosos cuanto más cortos. El que entre sus asperezas se pierde y desmaya, no alcanza su objeto ni

gusta las dulzuras del descanso. Lo mismo el que en la ciencia se lanza impaciente fuera de la senda ancha y segura, que no sin fatiga han abierto cien generaciones, corre gran riesgo de perderse y ser confundido en las tinieblas, si no lleva para guiarse una viva luz en la mente y un fuerte sentimiento en el corazón. La Poca ciencia puede separar de Dios: el verdadero saber á Dios nos aproxima.

—Muy alto está todo eso para mi estatura, D. Luis: más firme y llano me parecía el terreno, por donde me llevaba D. Julian hace un momento, por más que lastimara sentimientos, que me han animado toda la vida.

—Es, por desgracia, muy cierto que la verdad necesita trabajo para dejarse ver, mientras el error se nos presenta é impone por do quiera desde el primer momento. En cambio, lo que la primera funda, es permanente, mientras son deleznales las obras cimentadas sobre el segundo. Pero de todos modos, ¿se trata de demostrar alguna de las verdades de nuestra religion? Pues para eso buenos son todos los terrenos; y allá voy donde Vds. me quieran llevar.

—¿De veras dice V. eso? ¿Cree V. poder discutir victoriosamente contra el testimonio material y tangible de la ciencia, que hoy prescinde absolutamente de la intervencion divina, merced á los descubrimientos modernos, y explica por causas naturales cuanto encierran el mundo y el hombre?

—¡El mundo y el hombre! ¿No ha dicho V. el mundo y el hombre, señor Maestro?

—Bien, y qué...

—Pues esa distincion que ha brotado de su mente, es la primera dificultad, que hallará V. para sostener su materialismo; porque, si las leyes físicas, que rigen la materia, pueden dar razon mejor ó peor de lo que sucede en el mundo, siempre serán impotentes para definir lo que concierne en particular al hombre, por más que el hombre deba considerarse comprendido en el mundo.

—Eso último es lo cierto, y ambas entidades abraza-
ba mi aserto de poder explicar por causas naturales la formacion del mundo, que arrancando de una materia eterna animada por una fuerza eterna tambien, ha llegado á producir al hombre, como término actual de un indefinido é inacabable progreso.

—¡Progreso! ¿Dijo V. progreso?

—Sí, señor.

—Pues otra terrible dificultad se ha echado V. encima, para sostener su tésis materialista; porque el progreso no se toca, siendo una cosa meramente subjetiva, como dicen los filósofos alemanes del dia. Y si progreso advertimos en el mundo, no es en la tierra inerte; como tampoco existe en las plantas ni en los animales, sino en el hombre. Solamente en lo que de éste depende y en lo que el hombre realiza, cabe progreso; de donde forzosamente hay que deducir que procede ó reside en una cosa que hay en el hombre únicamente, y que no es la materia que en el mundo exterior existe sin progreso, ni es la vida que en las plantas y en los animales existe sin progreso, sino exclusiva del hombre que tiene, además de materia y de vida, inteligencia y espíritu perfec-

tible, donde únicamente podemos contemplar que existe el progreso, cosa puramente espiritual.

—Me parece que al negar el progreso en la Tierra, en las plantas y en los animales, se desentiende V. por completo de esa ciencia moderna, por cuya causa yo abogo. La geología y la paleontología enseñan las diferentes trasformaciones sufridas por nuestro globo desde que, simple esfera de fuego, desprendida quizá del Sol, principió á enfriarse, probablemente por su movimiento en el espacio, dando lugar á la formacion de ciertas plantas y animales, especies perdidas hoy, pero de las cuales deben provenir la fauna y la flora actuales, contemporáneas del hombre. De modo que, si esto es así, no veo cómo pueda negarse que la Tierra ha progresado, y que las plantas han progresado y que los animales, en fin, han progresado tambien hasta presentarse el hombre.

—Es que no debe confundirse el desenvolvimiento ó el crecimiento con el progreso. Es que, aún admitiendo la certeza de todo eso que me presenta V. exornado de las expresiones dubitativas *quizá, probablemente y sin duda*, no puedo hallar en ello verdadero progreso, es decir, trasformacion perfectiva, como no lo puedo ver en el zagalón que engorda, en fuerza de comer y de no trabajar ni pensar.

—Progresar en carne.

—No progresa: lo que hace es aumentar hasta su término natural, como ha sucedido á la Tierra y á cuanto en ella existe.

—Qué se discute con tanto acaloramiento, señores?

dijo el Médico, que, con el viejo Cura, alcanzaba en aquel momento á nuestros interlocutores, habiendo éstos aflojado el paso, conforme arreciaban los argumentos.

—Vamos á ver si los aviene V., señor Galeno; porque, en lo que á mí hace, tanto entiendo lo que hablan como si fuera ruso. Y cuenta que, por lo visto, era yo el que debía convencerme y es mi alma la que se disputa.

—La de V. como la de todos, Tío Rebollo: se trata de saber si hemos de ser animales ó criaturas, formadas á imagen y semejanza de Dios.

—¿Y cuál era el estado de la cuestion, al llegar nosotros?

—El Sr. D. Luis me negaba, contra los datos de la geología, que hubiera progreso en el mundo material. Yo estimaria á V., como hombre de ciencia que es, que me dijera la fe que le merecen los datos que he citado.

—Advierto á V. que no soy de los que rechazan lo maravilloso en la revelacion para admitirlo en la ciencia. Lo positivo en lo uno como en lo otro: á eso me atengo; y procuro pesar las verdades lo mismo que peso los medicamentos más activos y peligrosos. Cuando así se procede, las afirmaciones de la geología suelen encontrarse muy bofas.

—Pero ¿hay ó no progreso en nuestro globo terráqueo, que de simple masa incandescente ha llegado á ser un mundo lleno de maravillas?

—¿Y de véras principió por ser fuego?

—Es, cuando ménos, lo más probable, pues que

todo cuanto vemos en sierras y valles revela la accion del calor, que siempre existe en el centro de nuestro planeta, siendo lo que pisamos una simple costra, producida por el enfriamiento.

—¿Segun eso, la casi totalidad de nuestro globo se encuentra en combustion, y como si dijéramos, es hierro fundido y líquido?

—Sí, señor; y hay una razon física, que á este respecto no permite la más mínima duda, dado que la temperatura aumenta, á medida que se profundiza, un grado por cada 30 metros.

—Fuerte es, con efecto, la razon; pero ¿y si hubiera otra, no ménos fuerte, que la contradijera, destruyendo la base de ese sistema?

—¿Física y demostrable?...

—Física y demostrable. Voy á exponerla. Segun el peso total de la tierra, la densidad de su masa equivale á $5\frac{1}{2}$ veces la del agua: es decir, que si un litro, ó sea un decímetro cúbico, lleno de agua, pesa un kilógramo, el término medio del peso, que debe ofrecer un volúmen igual de tierra, será $5\frac{1}{2}$ kilógramos. Pues pese V. la roca más densa y dura que encuentre, y verá que el decímetro cúbico no pasará de $2\frac{1}{2}$ kilógramos. Forzoso es admitir en consecuencia que la compensacion ha de encontrarse en la masa térrea, cada vez más compacta cuanto más oprimida, que debe irse encontrando conforme se profundice; y como el calor dilata, así como el frio contrae y condensa, preciso es tambien admitir que el centro de la tierra no es una masa ígnea y dilatada, sino tan fria cuanto es compacta.

— Verdaderamente que ha sabido V. revestir de formas científicas su argumento..., y con franqueza lo diré, que no me reconozco con suficientes conocimientos para rebatirlo; pero tengo la seguridad de que en Madrid no faltaria quien le contestase.

— No se apure V. por eso : que yo mismo se lo contestaré, diciendo que nada se opone á que haya en lo interior de nuestro planeta materias incandescentes que, cual ciertos metales en fusion, pesen, no digo cinco y media, sino seis veces más que el agua.

— Ya comprendia yo perfectamente que la creencia general de los sabios modernos era irrefragable.

— No se apresure V. tanto; porque tampoco hay cosa que se oponga á que la progresion del calor, conforme se profundiza, cese en llegando á cierto punto, y á que el interior resulte frio y compacto, como ántes decíamos, y áun completamente vacío, como admitia el sabio Halley.

— ¿Y podré saber qué es lo que V. deduce en conclusion?

— Deduzco lo que no puede ménos de deducirse : que hasta el día la ciencia por sí sóla no da razon segura del origen del mundo.

— ¿Y despues?

— ¡Despues!... que lo que no dé la ciencia, será preciso pedirlo á la historia, advirtiendole que, segun los filósofos, el testimonio de los hombres es criterio de verdad.

— Ya veo á V. venir, y me temo que voy á encontrarme solo en la contienda : por cierto que me maravi-

lla, porque generalmente los médicos modernos pasan por materialistas.

—Lo cual es un grave error, y más que error, inmerecida injuria, que yo indignado rechazo. ¿Quiére usted decirme dónde ha conocido médicos materialistas?... ¡Ah, señores! créanme Vds. : no habrá sido, no, á la cabecera del enfermo, que es donde hay que buscar al verdadero médico! Algun jóven presuntuoso, que se ha desvanecido con el estudio y abarcado más de lo que su inteligencia alcanzaba : eso es lo que se me podrá mostrar como lo más selecto en la especie, y despues una falange numerosa de famélicos especuladores, que la desapplicacion ó la mala suerte lanzan cada dia hácia los azares de la política, llevando como elemento de éxito un corazon henchido de rencores y una inteligencia tan aguzada como pervertida! Estos desgraciados, que llegan tarde al puerto, porque han cambiado de rumbo, necesitan llamar pronto la atencion : como no pueden improvisarse oradores notables, ni hábiles estadistas, porque sus estudios nada les facilitan para ello, apelan al recurso de ofrecerse como reformadores universales de la humanidad ; y para hacerse escuchar, para imponerse y conseguir importancia, todos los medios les son buenos, siendo el de más efecto, al propio tiempo que el más á su alcance, ese materialismo blasfemo, que por lo mismo que ataca sentimientos é ideas nunca discutidos, impresiona fuertemente á las muchedumbres. Lo repito, señores : un verdadero médico no puede ser materialista. En semejantes aberraciones se puede y suele caer, cuando se marcha por las oscuras sendas de la filoso-

fía especulativa : hácese la caída más difícil, cuando se tienen los asideros de la ciencia positiva, llámese ésta física, química ó astronomía; pero es totalmente imposible caer, cuando á los datos de éstas se añaden las demostraciones de la vida, que tal superioridad da al raquíptico giboso que alienta, sobre el corpulento atleta, que repentinamente murió. ¡No, no! el médico práctico no puede ser materialista!

—Pues no parece, al oír á V., sino que la verdad y el saber están vinculados en el espiritualismo, y que solamente la ignorancia es capaz de sacudir su yugo. Pues á fe que Voltaire no era un ignorante, cual tampoco lo es Littré y tantos hombres eminentes como se encuentran entre los llamados libres pensadores en Francia.

—Eso es segun el ramo de saber, en que se les juzgue; y yo les daría la palma, al uno para componer versos y tragedias ó escribir sátiras, al otro para redactar pacientemente un buen Diccionario. Pero tratándose de ciencia, me parece que no titubeará V. en preferir conmigo Newton á Voltaire, y Liebig ó Faraday á Littré.

—Pero, señores, todo esto no me aclara si progresa ó no el mundo, y ni siquiera entiendo una palabra de todo lo que están Vds. diciendo.

—¡Válganos Dios por tio Rebollo, si V. no se escandaliza por ello, D. Julian; pero le sobra razon para quejarse, por que nos andamos por las ramas, cuando deberíamos asirnos bien al tronco. ¿No hemos convenido en que, para investigar el origen de lo creado, no

es bastante la ciencia, y hay que recurrir á la historia?...

—Siga V.

—¿Pues la historia no es la palabra, y la palabra el pensamiento, y el pensamiento Dios?

—*In principio erat verbum et verbum erat apud Deum et Deus erat verbum.*

—Sí, señor Cura; y ahí tiene V. el más lógico, el más firme y más seguro fundamento de toda ciencia y de todo progreso, en el primer versículo del Evangelio de San Juan.

—Supongo, señores, que no querrán Vds. precisarme á creer una cosa, sin más razon que la de haber sido dicha por un evangelista, que al fin era un hombre, y de clase bien humilde.

—No señor; pero sí se le prueba á V. en primer lugar que hubo otro hombre que, al escribir el primer libro, de que haya memoria, dijo sin saber geología, cuanto esta ciencia ha podido descubrir en sus últimos tiempos; y en segundo, que, únicamente por la revelacion divina, podemos saber algo sobre nuestro origen, no podrá V. ménos de convenir en que hay tanto motivo para creer lo dicho por el citado hombre, como cualquiera otra verdad histórica.

—¿Y qué hombre y libro son esos?

—El hombre es Moisés; el libro la Biblia.

—¿Pues no es una cosa averiguada que la geología ha contradicho los asertos de la Biblia?

—Diga V. más bien que hubo una época, en que pareció existir esa contradiccion; pero duró poco, y apenas se pudo profundizar el estudio, se reconoció que,

lénos de contradecir, la geología confirmaba la tradicion de Moisés.

— Me parece que le sería á Vds. un tanto difícil probar eso, y á no ser tan tarde, seguiria de buen grado nuestra *Conferencia*.

— Tiempo tenemos, señor Maestro; y no vendrá mal que se prepare V. con algunos dias de estudio, durante los cuales podrá tambien escribir á sus amigos y cate-dráticos de Madrid, para que le envíen sus más fuertes argumentos contra el origen divino del hombre y la verdad revelada.

— Pues, señores, acepto el reto, y escribiré: tal vez puedan decirme tambien algo, en relacion con la discusion de hoy. Pero es tan mal conocido este pueblo, que temo ignoren en correos su existencia y se extravíen las cartas.

— Siendo así, una cosa me ocurre. Escribirémos de consuno cada *Conferencia*, empezando por la de hoy, y la enviaremos á un amigo, que tengo en Madrid para que las dé publicidad. Con eso no serán sólomente sus maestros de V. los llamados á refutar mis asertos, sino todos cuantos participen de sus opiniones.

— Bastante pretencioso me parece el procedimiento.

— No tanto, si es cierto que la verdad se sostiene por sí sola; y tengo convencimiento profundo de que es verdad cuanto he dicho y me propongo decir.

— Lo mismo podrian alegar los demas.

— Quizá sin creerlo. En todo caso, muéstrese cada cual lo que sea, y, sobre todo, haya claridad. Y pues que si hay interés en engañar hoy á alguien, este alguien

es el pueblo, por ser actualmente el soberano, impon-
gamos como condicion de la polémica que se presente
ésta en forma inteligible para todos.

—¿Y quién será juez de tal condicion?

—El tio Rebollo.

SEGUNDA CONFERENCIA.

« Dura lex ; sed lex. »

—Buenos días, estimado contrincante. ¿Cómo es eso?
¿Está V. solo?

—Dios le guarde, Sr. D. Julian. Mi buen tío se encuentra desde la madrugada en casa del Sr. Ramon, y supongo que el doctor estará tambien allí, como igualmente el tío Rebollo; pero... ¡calle!... aquí suben estos últimos.

—A la paz de Dios, caballeros.

—Vamos llegando, señores, que la puntualidad sienta bien y cuadra particularmente á los hombres de estudio.
¿Cómo está el enfermo?

—Respecto á la enfermedad, aquí el Médico podrá decir... y de lo demas, si quiere: que... lo que es yo, vengo malo de lo que he visto y sentido. ¡Ah, D. Julian! ¡cuánto me he acordado de V. y de nuestra conversacion de la otra tarde!

—Dicen que es una enfermedad terrible esa que tan repentinamente se ha declarado en el Sr. Ramon.

—Repentinamente!... No tanto, señores; y si ustedes hubieran empezado el otro dia por imponerme en el verdadero fundamento de la discusion, en lo que podemos llamar el motivo de la duda del tio Rebollo, algo hubiera podido decirles, porque esa terrible enfermedad, que ahora precipita rápidamente hácia el sepulcro á un hombre tan temido y envidiado de todos, hace más de un año que lo tiene sin sueño de noche y sin tranquilidad de dia, en medio de su aparente prosperidad.

—De modo que ese repentino flujo de sangre... ese ahogo...

—Proceden de una hipertrófia del corazon: que es como decir la enfermedad de los que se consideran más al abrigo de todas ellas; la enfermedad de los temperamentos sanguineos y de las constituciones robustas; la enfermedad de los caracteres arrebatados y coléricos; la enfermedad, en fin, que tiene encargo de acortar la vida de los que, sintiendo exuberancia de ella, piensan y obran como si nunca se les debiera acabar.

—¿Y el señor Cura? ¿No podremos contar con él?

—Nuestro anciano Cura, Sr. D. Julian, es en este momento el único que hace algo por el enfermo, y temo que, como en otras ocasiones, y á pesar de cuanto le predico, no le podamos sacar de allí. Lo digo y lo repito, señores: no sé cómo tiene fuerzas con sus años y sus achaques para hacer lo que hace. Cuando los ánimos de los asistentes desfallecen; cuando los deudos y parientes

se retiran, y los amigos, por un cómodo raciocinio, hacen dulce violencia á la esposa, al hermano, á los hijos, para que se salgan de una atmósfera infecta, y se aparten de un espectáculo repugnante ú horroroso, entónces... en esos terribles momentos de abandono y angustia, el sacerdote es el que se encarga de todo. He aquí lo que yo estoy presenciando diariamente. Y ahí tienen Vds. hoy á nuestro amigo al lado de ese desgraciado Ramon, cuyo horrible semblante congestionado asusta y repele á todos, miéntras la falta de accion ha convertido su cama en el más asqueroso y fétido muladar; y... ya le arregla la ropa, ya le levanta la cabeza, ya le humedece los labios, miéntras su ingeniosísima caridad le sugiere palabras de consuelo y de esperanza, que de vez en cuando apuntan una sonrisa en la faz del paciente!...

—Eso es admirable en verdad; y si todos los sacerdotes entendieran de igual modo su mision, otras serian las costumbres del pueblo, como otras serian tambien sus creencias y distinto su respeto al carácter de los mismos sacerdotes.

—No me toca en este momento salir á la defensa de la clase á que pertenezco, Sr. D. Julian; pero permítame le observe que el mal cumplimiento de algunos ministros de la religion no puede aminorar la verdad de los fundamentos de ésta, cuyo reconocimiento dependerá más bien de la comprobacion, que tratamos de hacer hoy. Entre tanto, lo que el médico nos acaba de contar, y que tanto parece haber impresionado á usted, prueba que, si la religion no sirviera para más, cuando

ménos ayudaria mucho al bien morir, cosa por lo comun de todo extremo difícil y angustiosa.

—Vamos, señores! Ya voy creyendo que no es tan tirado el dinero, que se gasta en bautismo y entierro...

—Bien lo puede V. decir, tio Rebollo; y tambien que ninguno de nosotros, los seglares, nos conformaríamos ni nos conformamos, despues de haber seguido una carrera literaria, con la mezquina remuneracion que reciben los curas.

—Cierto que es mezquina ; pero está en consonancia con la vida, que deben ellos hacer ; y lo que les puede faltar en brillo y comodidades, hállanlo bien compensado con la consideracion y el respeto, de que se les rodea. ¡ Cuán distinta y cuánto más desgraciada es la suerte de nosotros los Maestros de escuela , que, despues de recibir una instruccion que desarrolla y enaltece nuestra inteligencia, inspirándonos sentimientos de dignidad y de supremacía, nos vemos precisados á hundirnos en un pueblo miserable, donde vegetamos en medio de hombres rudos é ignorantes, que nos tratan con el mayor desprecio, y nos ridiculizan, porque no nos comprenden! ¿Puede extrañar alguien, en vista de esto, que nuestro carácter se exaspere y que busquemos por toda clase de medios el modo de mejorar nuestra situacion?

—Por eso hay quien dice que acaban Vds. todos en locos ó en revolucionarios; por eso se les atribuye tan gran parte en esa propaganda socialista, que ha improvisado en España, contra toda lógica, un partido llamado republicano, el cual no siendo en realidad sino co-

munista, no puede fundar nada estable, porque nada estable cabe fundar con sueños y visiones.

— ¡Incúlpenos cuanto se quiera! Si se reconoce que somos desgraciados, y que hay una clase entera de hombres que sufre, debe convenirse también en que la sociedad requiere modificación.

— ¿Y no parece más natural modificar lo que á esa y á otras clases concierna, que conmover los cimientos del antiguo edificio social todo entero?... Redúzcase al Maestro de escuela á lo que era otras veces: constitúyase en un operario, un maestro de oficio que enseñe á leer, escribir y contar de la propia manera que el carpintero ó el sastre trasmite sus conocimientos á los aprendices, y veremos desaparecer esa desgracia.

— ¡Cómo!... ¿Querria V. suprimir esa gran institucion moderna y cerrar esas escuelas normales, de donde en la vecina Francia han salido ilustraciones gloriosas para el periodismo y la tribuna; los Prevost-Paradol, los Emilio Olivier, los Edmundo About, los Francisco Sarcey y tantos otros?

— Muy al corriente está V. de lo que en Francia sucede: por mi parte, lo que veo es que de allí nos vienen todas las calamidades, y por eso propendo á creer que á los hombres que me cita, cabrá también gran parte en las desgracias actuales de ese mismo país.

— Males y desgracias ha habido en todo tiempo, señores, y los hay por todas partes en el mundo, con y sin escuelas normales. Lo sensible es que nos empeñemos en ir contra la evidencia y en alcanzar en el mundo lo que no es del mundo.

—¡Vamos, D. Luis, no exageremos las cosas! Aquí me tiene V. dispuesto á escuchar sus razones y á reconocer que las del otro día han labrado bastante en mi ánimo. Usted, por su parte, conceda algo al espíritu progresivo de nuestros tiempos.

—Tan dispuesto me encuentro á eso, señor Maestro, que en la idea de progreso, en considerar á éste como el primer deber y la más característica necesidad del hombre, pienso apoyar mis argumentos para demostrar la verdad de nuestra religion.

—Pues no me parece buen camino de progreso esa propension á ver el mal necesariamente enseñoreado del universo, y al hombre perpétuamente condenado á sufrir. Si de todos modos hemos de ser desgraciados, acortemos todo lo más posible la vida: el suicidio será la conclusion de los sabios.

—Y lo ha sido, con efecto, para muchos de los que así se han titulado á los ojos del vulgo. Medítenlo ustedes bien, y pronto se convencerán. Que el mal predomina en el mundo primitivo, es inútil demostrarlo por evidente, así como que ha sido grandemente amonorado por el influjo del cristianismo, al que nadie ha negado un marcado espíritu de progreso. Pero, prescindamos de toda consideracion religiosa: hablemos filosofía pura, y atengámonos á hechos. Yo sostengo que los 6.000 años de período histórico, que se ofrecen á nuestra observacion desde Adan hasta los presentes días, me autorizan suficientemente á decir que ni las tierras, ni los mares, ni los rios, ni el firmamento, ni árboles, ni plantas, ni animales, nada, absolutamente nada de lo

que positivamente conocemos, ha cambiado ni ha adelantado en ese tiempo. Unicamente el hombre se nos presenta progresiva y notablemente mejorado; y no en su cuerpo, ni por su energía vital, sino en su alma y por el ejercicio de su entendimiento. Si, pues, en el espíritu y por el espíritu está el progreso, el objeto hácia el cual se encamina no puede ménos de ser espiritual. Esto en cuanto al término: por lo que hace á los medios, pues vemos que todo adelanto requiere estudio y trabajo, y pues que el trabajo es sufrimiento, tambien me creo autorizado para sostener que el dolor ha de entrar, como factor, en todo progreso, y que el hombre adelanta y se perfecciona por el dolor, como los metales preciosos se purifican y utilizan por el fuego.

—Comprendo las ventajas del dolor trabajo; pero, ¿quiere V. explicarme las del dolor enfermedad?

—Quizá lleguen á comprenderse tambien algun dia, y se reconozca la utilidad de tales sufrimientos, como temple para los caracteres en los unos, como expiacion y motivo de enmienda en los otros, y como ayuda de los altísimos designios del Omnipotente en todos.

—Hémos aquí ya otra vez en las nebulosidades y en los misterios.

—Y si no puede ménos de ser así, amigo mio!... La lógica nos ha de llevar de un modo inflexible al reconocimiento de la necesidad absoluta é imprescindible de misterios en materia de religion; porque, admitido que somos hechura de un Dios tan superior á nosotros, como lo increado ha de ser superior á lo creado, no es razonable pensar que las criaturas puedan penetrar el objeto

del Criador. En tal asunto, sólo podemos raciocinar por analogía; y estableciéndola entre las obras del hombre y las de Dios, tan lógico sería suponer que la estatua, que modela el escultor, llegue jamás á comprender la idea y el objeto de éste, al tallarla.

—Muy bonito será todo eso que está V. diciendo, Curita; pero se me ha escapado mucho sin entender. Vamos á ver: ¿qué es eso de que es espiritual todo lo que el hombre adelanta?... Lo del sufrimiento y el dolor lo alcanzo bien; porque veo que para que yo adelante en mis campos, es menester que me violente y madrugue con todos vientos, y que riña á mis zagales, y que éstos pinchen á los bueyes; de modo que la desazon que yo me doy, corre hácia abajo, y alcanza á todos. La cosa es clara. Pero eso de que sea espíritu lo que saco al fin, como ántes decia V., no señor; porque son granos y frutos, que luego nos comemos.

—¿Y cree V. que cualquiera de los que aquí estamos, el Médico, el Maestro ó yo, podríamos hacer lo mismo que V., sin más que tomarnos el disgusto de madrugar?

—¡Quién lo quita!

—¿Y nos daría la misma cuenta la sementera y obtendríamos productos tan superiores?

—¡Eso ya es otra cosa! ¡Lo que es un candel como el que acabo de encerrar en mi granero, ni Vds. ni nadie en el pueblo! Y por eso lo vendo siempre una peseta más caro que el precio corriente. Y no por que sean mejores las tierras: que por creerlo así, me pujaron las del Conde hace cuatro años, y vean Vds. si han conse-

guido algo... ¡Sí, que lo esperen!... El candel del tio Rebollo no lo saca nadie más que el tio Rebollo, donde quiera que se ponga, y es porque lo sabe labrar, y no tiene para qué decir á nadie de qué modo...

—Convenido: pues ahí tiene V. el verdadero progreso, el único que cabe en la agricultura que V. practica, reducido á una operacion puramente intelectual, ya sea ésta la enseñanza que le trasmitieran sus padres ó mayores, ya la que su propia observacion y el estudio le hayan sugerido. Pues espiritual es, asimismo, el adelanto que permite al sabio, débil y enfermizo, desde su mesa de trabajo, competir con las fuerzas de la naturaleza, trastornar el tiempo, suprimir el espacio, convertir el mal en bien, hacer que el rayo, que era la catástrofe y la afliccion, se convierta en el telégrafo, que es la riqueza y el consuelo... ¡Progreso! ¿Cabe mejor demostracion de que la tendencia del mundo es hácia el espiritualismo, hácia la emancipacion de la esclavitud, en que nos tiene la materia, marcha digna, sublime y gloriosa en busca de altísimos destinos, que Dios desde un principio nos ha dejado entrever, y en cuya aspiracion nos ha sostenido en épocas de transicion por demostraciones que el arte (tambien espíritu) hacía perceptibles á nuestros sentidos con bellezas estatuarias, con pinturas conmovedoras, con deliciosas armonías, con elevados conceptos literarios y con grandiosos templos, bajo cuyas bóvedas ha podido constantemente el cristiano elevar su alma hasta la altura, que le permite descubrir los últimos límites de esta mansion de dolor!!...

—¡Ya se me fué V. otra vez!... Si precisamente lo

primero que necesitaria V. probar es que Dios existe, y yo recuerdo que cierto astrónomo hace un siglo decia que habia visitado con sus instrumentos toda la extension de los cielos, sin tropezar á Dios!..

—¿Y no sabe V. cuántas otras cosas, ménos perceptibles que Dios, han descubierto los astrónomos desde que vivia Lalande, que es á quien V. alude?... ¿Y no existian, á pesar de no haberlas visto él?... Con igual fundamento raciocinaba hace tres años el diputado republicano Cervera, que siendo, no diré buen médico, porque se resentiria nuestro amigo aquí presente, sino buen anatómico, no habia podido encontrar el alma entre los órganos que disecaba. ¡Y lo creo! cómo que era un cadáver lo que estudiaba; pero encontró el alma y encontró á Dios, cuando sintió que iba á morir él mismo!

—Pues siendo tan segura la cosa, demuéstremela usted de un modo claro y evidente. Y sobre todo, dado que Dios exista y sea infinitamente bueno y poderoso, insisto en preguntar: ¿cómo consiente el mal?

—Su existencia evidenciada está, en cuanto puede serlo para nosotros lo que tan alto se encuentra. Principiaré por una razon que, si nos paramos un tanto en ella, tiene grandísima fuerza, y es que ni V. ni yo hemos inventado la cosa. Esa idea de Dios no se sabe que proceda de ningun hombre: nace en el corazon y sube á la mente de todos, oscureciéndose únicamente en aquellos pocos, que hacen violencia á su espíritu, precisamente por distinguirse de la generalidad. Vea V. despues que donde más pronto descubre tal idea el raciocinio, es como consecuencia de la de causa. Principiando

por el niño, que no admite se le diga que no se sabe por qué existe, ni para qué sirve el más insignificante objeto, y acabando por el filósofo, que pregunta á la ciencia, es decir, al saber acumulado de las generaciones precedentes, por qué existe y para qué ha sido creado el mundo, es imposible de todo punto dejar de alcanzar la idea de un Sér Supremo. Pues en cuanto á la bondad de éste, ¿ha meditado V. en lo que significa y de lo que depende la preferencia, que damos al bien sobre el mal, y por qué se llama ó entiende universalmente *mal* lo uno y *bien* lo otro? Fíjese y comprenderá que, elevándose en esa escala, buscando el *bien* en toda su pureza sin el más mínimo accidente de *mal*, se llega al bien absoluto, y lo absoluto sólo se encuentra en aquel mismo Sér Supremo. Y advierta que todo esto es independiente de nuestra voluntad, necesario en esencia, y de ahí que sean pocos los espíritus extraviados, que crean hacerse superiores y vencerse á sí mismos, negando lo que todos proclaman, cuando lo que hacen es engañarse, al eludir las sugerencias de su razon, para decir que el mundo existió siempre y nadie lo creó. Olvidan que esa misma razon no alcanza la eternidad, sin que le acompañe la inmutabilidad. Entre tanto vemos que el mundo marcha y progresa en el hombre: luego va á un objeto, á un término; luego tuvo principio; luego alguien lo creó.—Y ahora dice V.: ¿por qué consiente Dios el mal?—Sólo por conjeturas podemos contestar á tal pregunta, porque como ántes dije, los designios finales, el objetivo que se haya propuesto tan alto Sér y su modo de obrar, no es lógico suponer que podamos penetrarlos

nosotros; pero al ver que siempre que experimentan un deleite nuestros sentidos, sobreviene indefectiblemente un padecimiento, y como al propio tiempo nuestra razon, por la idea de justicia, no admite que se padezca sin motivo ni compensacion, la conjetura más probable es que estamos purificándonos en este mundo, y penando, unos más y otros ménos, actos de maldad cometidos en épocas y lugares, de que no hemos conservado memoria. Y como esto concuerda con lo que los cristianos sostenemos habérsenos revelado en la Biblia, de ahí la conveniencia de que depuremos si ésta merece ó no ser creida por hombres de ilustracion y de ciencia; punto que nos habíamos propuesto dilucidar hoy.

—Muy tarde es ya para eso, aunque justamente oigo subir á su tio de V...

—Al fin vemos á V., señor Cura; pero ¡qué aire tan sério!...

—Sí, buen Rebollo: el que conviene á quien acaba de sentir un alma entrar en el cielo... Amigos mios, perdonad; pero necesito mucho en este momento orar y dar gracias á Dios. Otro dia discutiremos.

—¡Murió el Sr. Ramon!... ¡Dios haya tenido mucha piedad de su alma!...

—De eso necesitamos siempre todos, señor Médico; pero penetro la idea de V., y debo decir que el Sr. Ramon ha conseguido en seis meses de martirio, purgar los crímenes de Ramon el Zurdo.

—¡Verdaderamente que son muchos los casos ignorados del vulgo, en que podria evidenciarse la justicia divina!!

—Quizá siempre. ¿Ha pensado V. en la diferencia que debe haber entre la muerte deseada por el desgraciado, como una redencion, y la que teme el afortunado, como un castigo? ¿Y sabe nadie lo que cabe de dolor en una hora de agonía?...

TERCERA CONFERENCIA.

O reason who shall say what spells renew
When least we look for it thy broken clew.

THOMAS MOORE, - LALLA ROOKH.

—Y bien, señor Maestro: ¿sus amigos de V. le han enviado algunos datos con que contradecir la Biblia?

—Algunos me han remitido; y por cierto que son más variados de lo que V. podría figurarse, porque no sólomente se apoyan en la ciencia, sino también en la historia, que V. invocaba, principiando por contradecir esa supremacía de antigüedad, esa que podría llamarse primogenitura de la Biblia.

—Veámos. ¿Tiene V. algún libro que enseñarme más antiguo que esa Biblia, único escrito que se nos puede presentar, como quien dice, con su firma y su fecha de tres mil y trescientos años?

—Si no con firma y fecha, cuando menos con un

gran crédito de antigüedad entre los literatos, puedo citar á V. los *Vedas* de la India y el *Zend-Avesta* de los caldeos, á cuyos escritos, si bien de un modo indeterminado, la tradicion concede un origen más remoto que á la obra de Moisés.

—¿Y quiere V. decirme cuál es el fundamento de tal creencia ó tradicion? Ningun otro que la fabulosa antigüedad, que algunos pueblos de la India, por mera vanidad, pretenden atribuirse. En contra la filología moderna, con copia de profundas observaciones que ninguna persona competente ha rebatido hasta hoy, prueba que el primero de esos libros no puede contar más de tres mil años y el segundo dos mil cuatrocientos. Y advierta V. además que en opinion del sabio indianista inglés Colebrooke, el *Rig Veda*, que es el más antiguo de todos, está escrito en el siglo xiv, ántes de nuestra Era, y es posterior á la Biblia en cerca de dos mil años. En cuanto al *Zend-Avesta* de los caldeos, éste es aún más reciente, pues que se atribuye á Zoroastro, el cual vivió, segun unos, seis siglos, y segun otros, trece, ántes de Jesucristo.

—¿Ha leído V. *El Ensayo sobre las costumbres de Voltaire*?

—Preciso me ha sido conocer todas las obras de ese autor para poderlas refutar.

—Pues de ésta puede recordar, que, por el tiempo en que Voltaire escribía, se descubrió en París un libro antiquísimo de los Brahmas de la India, titulado *Exour-Veda* y del cual, se reconoció, procedía toda la sublime moral del Evangelio.

—Atrasado me anda V. en esas noticias, cuando ignora que despues de eso, un juez supremo de Ceylan, llamado sir Alejandro Johnson, encontró en la biblioteca de los jesuitas de Pondichery el original de ese mismo libro en que tanto se apoyó la incredulidad de Voltaire, y que probó, claro como la luz del dia, que el *Ezour-Veda* era obra del sabio jesuita Roberto Nobilibus, sobrino del Cardenal Bellarmino, quien lo habia escrito en idioma sanscrito en 1621, para convertir al Evangelio á los indios. No era, pues, extraño que las divinas máximas se encontrasen allí explicadas.

—¿Y los *Kings* de la China y las leyes de *Manon* tambien indias?...

—De los *Kings* puedo decirle que el más antiguo de esos cinco libros, que forman la coleccion sagrada y se denomina *Chou-King*, es obra de *Confucio*, quien lo redactó 529 años ántes de nuestra Era moderna; y por lo que hace á *Manon*, nada pudo escribir, porque nada escribió Noé, y es averiguado que el *Manés* de Frigia, el *Mannus* de Alemania ó Germania, el *Minos* de Grecia y el *Manon* de la India, son una sola y única persona, encontrándose en todos esos nombres la radical *man* con la terminacion *nes*, *nus*, *nos* y *nu* ó *noé*, usada la primera para significar la personalidad de la segunda: es decir, el *noé*, un hombre Noé, porque la palabra, *man*, *min* ó *men* significa *hombre*, segun las raíces de los respectivos idiomas.

—Algo podria replicar á V. sobre todo eso; pero prefiero ver ántes si le es tan fácil atacar la prioridad á la Biblia de las *Listas egipcias* de *Maneton* y de la *Gran crónica*, egipcia tambien.

—Sí, amigo mio: todo eso es fácil de contestar, porque ha sido objeto de muy recientes estudios. El método, que Champollion logró, á fuerza de ingenio y de paciencia, descubrir para interpretar las inscripciones egipcias, ha derramado mucha claridad en la noche de la remotísima antigüedad, que la vanidad de esos pueblos se atribuía; y si no temiera cansar á Vds., entraria en detalles que pueden leerse en las obras de los ingleses Wilkinson y Stuart Poole, de los alemanes Lipsius, Bunsen y Boeckh, de los franceses Sacy, Martin y Champollion, así como en las del italiano Rossellini. Pero en pocas palabras diré que las *Listas de Maneton*, sacerdote que vivió tres siglos ántes de Jesucristo, se reducen á una especie de cronología de los antiguos reyes de Egipto, sin más referencia que la de los nombres y los monumentos que se les atribuyen; y tan fuera de concordancia, que miéntras uno, como por ejemplo Boeck, cree poder deducir para el primer rey que hay en *Lista* y se llama *Menés*, una antigüedad de 5.773 años ántes de Jesucristo, Wilkinson, con iguales datos, la rebaja á 2.690. Sobre la antigüedad de los egipcios se ha hecho mucho ruido con los *Zodiacos* esculpidos en ciertos monumentos, y á los cuales, como al del templo de Denderah, se suponía una existencia de más de 3.000 años ántes de Jesucristo; pero hé aquí que se presenta el citado Champollion y lee con toda claridad su fecha y el nombre del grabador, resultando que se habia esculpido bajo la dominación romana y al principio de nuestra Era.

Pues ¿qué diré de la *Gran crónica* ó *Vieja crónica*,

por la cual tambien me preguntaba V...? Que ninguna fe merece: primero, porque no se la puede deducir firma ni fecha: segundo, porque da nombres griegos á los dioses egipcios, lo que indica la ignorancia del autor; y tercero, en fin, porque es evidentemente una simple cábala de astrología, pues que concede al mundo una duracion anterior de 36.525 años, que vienen á ser (fíjense Vds. bien en ello) los 365 $\frac{1}{4}$ dias del año multiplicados por 100. Y ese *Menés* que, lo mismo en las *Listas* de Maneton que en la *Gran crónica* figura como el primer rey, no es otro que el Noé de la Biblia, segun el papel que representa en el diluvio universal.

—No insistiremos en esto; pero permítame volver á la India, que todos reconocen como la verdadera cuna de la humanidad. ¿Qué antigüedad concede V. á *Manon*?

—Repito á V. que *Manon* es tambien *Noé*; y si quiere convencerse de ello, vea los detalles de la tradicion india, que explica de qué manera un pescado cornudo predijo al primer legislador, *Manon-Satyavrata*, que muy luégo iba á ocurrir una submersion general. «Debes, le dijo, construir un barco fuerte, bien asegurado con ligaduras, y te embarcarás en él con los siete *richis* ó sabios. Y así lo hizo, llevando toda clase de semillas, etc.» De modo que aquí tiene V. la prediccion del diluvio, la construccion del arca, la salvacion de ocho personas, etc. Y lo mismo sigue despues la division de la tierra entre los hijos *Schesma* (Sem), *Scharma* (Cham) y Japeti (Jafet), así como se relata que maldijo á *Scharma*, porque se habia burlado de su involuntaria embriaguez. ¿Lo quiere V. más claro?

—Vamos, D. Luis; no hay que apurar tanto á un hombre. Mejor hará V. en explicarme lo que de modo alguno alcanzo; y por más que se me considere un porro en tales casos, pues que delante de mí se han metido Vds. en esas honduras y hecho condicion de que yo les habia de entender, ¿quiere V. decirme el por qué de tanto empeño en probar que la Escritura Sagrada fué primero que ningun otro libro? Más me parece haría al caso la calidad que la fecha.

—Tiene V. mil razones, tio Rebollo; pues bien pudo Dios transmitir su palabra en cualquiera otra época anterior ó posterior á la de Moisés; pero es que en varios de esos libros, que se pretende poner en parangon con la Biblia, se relatan los mismos hechos que en ésta. Desde luégo tenemos el diluvio, que mencionan casi todos ellos; y bueno es saber que la primera relacion la dió Moisés por inspiracion divina. Tiene, pues, su importancia la fecha, sin negar por eso que la autenticidad, la correlacion, exactitud y demás cualidades en un libro histórico, sean lo principal; pero es que en esto la superioridad de nuestras Escrituras se encuentra tan perfectamente establecida, que ya verá V. cómo don Julian elude la controversia.

—Francamente diré á V. que, sólo por referencia, conozco los *Vedas*, el *Zend-Avesta*, las *Listas de Maneton* y los *Kings*.

—¿Y no será tambien por referencia el conocimiento que tenga V. de la Biblia?

—¡D. Luis!

—No se ofenda V., señor Maestro, con la suposicion

de mi sobrino; porque es lo cierto que, á pesar de tantas recomendaciones, así de los Concilios como de los Santos Padres de la Iglesia, para que se leyese por todos la Biblia, calificada de «armería espiritual contra el poder del infierno» por Orígenes, de «pan del alma» por San Juan Crisóstomo, de «antídoto y medicina universal» por San Ambrosio, ello es que, ya sea por la prescripción que dictó el Concilio de Trento, el cual, en atención á lo peligroso de las controversias de aquella época, exigió que se obtuviese licencia del Ordinario Eclesiástico para leer las Escrituras, ya por pura negligencia despues que el Papa Benedicto XIV dió reglas, que hacian innecesarios tales requisitos,—es lo cierto, repito, que hay gran número de católicos que pasan por ilustrados y no han leído la Biblia.

—Yo, cuando ménos, he leído el *Génesis*, que he considerado como lo más importante.

—Pues no dejan de ofrecer interés los otros cuatro libros del *Pentateuco*, que es lo que escribió Moisés. Pero contentémonos con ese punto de partida para establecer comparaciones, fijémonos bien y atienda el amigo Rebollo. El señor Maestro ha leído, puede decirse que día por día y año por año, en el libro del *Génesis* todo lo ocurrido en el mundo, desde que Dios lo creó hasta la muerte de José, último de los hijos de Jacob: esto comprende un período de 2.369 años bien contados. Pues viene á continuacion el *Éxodo* á proseguir esta perfecta historia desde el dicho José hasta la erección del tabernáculo en el monte Sinaí por el mismo Moisés, 145 años despues, ó sean 2.514 desde la Crea-

cion. En esta importantísima época de la revelacion, el *Levítico* se extiende en detallar los preceptos religiosos del Señor y los ritos determinados para su culto. Reanuda de nuevo su historia Moisés en el libro de los *Números*, que además comprende la constitucion política del pueblo escogido, como el anterior daba la religiosa. Finalmente viene el *Deuteronomio*, que completa los precedentes y alcanza hasta la muerte de Moisés, época relativamente próxima y desde la cual puede decirse que la historia es fácil para todos los pueblos, sin que por ello deje de ser siempre la de la Biblia la más perfecta.

— Y esos otros que dice D. Julian, ¿no dan la historia tan clara?

— No, tio Rebollo; y V. mismo juzgará, explicándole yo en pocas palabras lo que es cada uno. La obra escrita que primero se nos citó, que es la coleccion de los *Vedas* de la India, se compone de cuatro libros: 1.º El *Rig*, que contiene oraciones é himnos en verso. 2.º El *Yadjur*, que son otras oraciones en prosa. 3.º El *Sama*, que es lo mismo, para ser cantado. Y 4.º El *Atharwan*, que contiene fórmulas é imprecaciones. En suma, nada ó muy poco de historia en ellos, por lo cual los críticos los consideran como verdaderos poemas. Veamos el *Zend-Avesta* de los caldeos: se compone tambien de varios libros, entre los cuales únicamente el primero, que se titula *Vendidad*, es reputado por los filólogos como verdaderamente antiguo; pero se reduce á oraciones. Su segundo libro, titulado *Yech-sade*, contiene asimismo rezos: el siguiente, llamado *Siruzé*, es una especie de

calendario litúrgico. Hay despues una segunda parte en el *Avesta*, llamada *Bundehech*, en la que se encuentra algo de cosmogonía en medio de nociones de astronomía, agricultura é instituciones civiles; pero repútase como de fecha muy posterior, de dudosa autenticidad, y supónese tomado de la Biblia gran parte de su contenido. De los *Kings* chinos y de las *Listas* egipcias de *Manon*, ya dije ántes lo que habia. Y ahora pregunto yo á Vds. si puede nada de eso compararse en autenticidad y exactitud con los libros de Moisés, que desafian los escrúpulos del historiador más exigente.

— ¿Y cómo me conciliará V. esa perfeccion y exactitud histórica en un libro, que sólo concede al mundo una duracion de 4.000 años, cuando vino Jesucristo, con la antigüedad que, segun notas que tengo á la vista, otorgan sus tradiciones á varios pueblos y no bajan de centenares de miles y hasta de millones de años?...Vea V. lo que aquí me dicen: Antigüedad de los caldeos, más de 700.000 años; de los indios, 3.892.873 años; de los chinos, dos millones de años. Me parece que esto es concluyente, y cuenta que mis maestros no lo han inventado, sino que lo han encontrado escrito. Rebaje V. cuanto quiera, por exageraciones ó errores de trasmision: siempre resultará una gran diferencia con lo que la Biblia dice.

— Es que me creo autorizado á rebajar tanto, que no quedará diferencia alguna.

— ¡Autorizado!

— Sí, señor, y voy á probarlo. Principiaré por hacer observar que el mero hecho de tan prolongadas

existencias de pueblos, se nos presenta con todas las apariencias del error y no puede ménos de promover la duda, ó más bien la incredulidad. ¡Setecientos mil años por lo ménos, cuando el período histórico solamente nos da razon de cuatro mil! ¿Pues qué fué de la humanidad durante los 696.000 años restantes? ¿Qué hizo? ¿Pasó esas edades durmiendo y en completo quietismo? En presencia de relatos tan increíbles, deben analizarse los hechos y comprobarse los datos, procurando desde luégo averiguar lo que cada uno de esos pueblos pudo entender por un año. Los astrónomos caldeos, por ejemplo, han computado por *sofes*, *neres* y *sares* el tiempo transcurrido desde la creacion, sin que hoy se pueda saber de cierto lo que tales palabras significaban; pero llegaron á marcar 432.000 años como valor de todo el tiempo transcurrido desde la *Creacion* hasta el *Diluvio*, cuyo espacio se llena en sus tradiciones é historia con diez vidas de hombre, exactamente como en la Biblia; pero á 43.200 años por término medio cada vida. Ahora pregunto yo al amigo Rebollo: ¿qué impresiona más su ánimo y solicita más su creencia?... ¿El hecho de que un hombre pueda vivir cuarenta mil años, ó la coincidencia de que en realidad hayan sido diez generaciones las que vivieron ántes del *Diluvio*? En esto último ambas relaciones concuerdan: en lo primero hay desatentada exageracion y error probabilísimo: ¿qué debe creerse?

— Lo que es á mí, ni frailes descalzos me hacen creer que nadie viva 40.000 años.

— Pues añada V. á eso que el décimo de esos pa-

triarcas caldeos representa en su historia el mismo papel que Noé en la Biblia, y me parece que poca duda puede quedar ya. Si de los caldeos pasamos á los chinos, encontraremos poco más ó ménos igual dificultad al lado de la misma prueba, ó mejor dicho, con más fuerte prueba, porque contándose por millones los años antediluvianos de su tradicion, resulta más absurdo aún que se llenen con las diez generaciones que arrancan del emperador *Hoang-ti* para terminar, segun dice Confucio, en su obra titulada *Sias-ul-lum*, con *Niuhoa* (Noé), «el cual hizo un gran barco para salvarse de la inundacion.» Evidentemente los hechos tienen más valor que los números en estos casos, y si hubo años en tal cantidad, no pudieron ser como los nuestros.

— ¿Qué dice V. á eso, Magister?

— ¡Qué!... Señor Doctor: digo que como estoy ya cansado de este trabajo de relacionar notas y entresacar argumentos, no puedo en este instante rebatir los del amigo D. Luis. Por lo demás, recordaré á Vds. que el principio de nuestra discusion y el objeto de ésta, es más científico que histórico, siendo V. el que sostenia, por una parte, que la ciencia no basta por sí sola para satisfacer la curiosidad de los sabios, necesitando del auxilio de la verdad revelada, y por otra que la Biblia no ha adelantado á la ciencia, sobre todo en geología, y que en nada se contradicen las deducciones de ésta con las afirmaciones contenidas en la tradicion mosaica.

— Así es; y solamente porque V. lo tuvo á bien, hemos entrado en el terreno histórico, en el que D. Luis ha sostenido lo que yo llamo la buena causa.

— No lo niego: creí sacar ventaja de ciertos datos, que me han enviado...

— Y que con razon presumia V. me sería difícil refutar, no contando con los estudios especiales de nuestro jóven cura. Pero ya que así han venido las cosas y que está V. cansado, dejemos la geología para otra tarde, no sin hacer constar, como resultado de la conferencia de hoy, que el libro de Moisés contiene y constituye la más antigua, la más exacta y la más verdadera historia del principio de la humanidad.

CUARTA CONFERENCIA.

Siempre amé á los médicos: son compasivos con los demás hombres y conocen los secretos de la naturaleza.

CHATEAUBRIAND.—*Los Natchez*.

— ¿Saben Vds., señores, que si me hubiera figurado el título con que iban á publicarse nuestras palabrerías y sermones, me niego rotundamente á ello?

— ¿Y por qué, Sr. Juan?

— Porque no son mias las dudas de que tratamos, sino del Maestro.

— Quizá tenga V. razon.

— No, Tio, no la tiene; porque el señor Maestro no dudaba cuando empezó la discusion, sino que afirmaba; y tanto y de tal manera, que impresionó al Tio Rebollo, dando motivo á sus dudas, que importaba tanto más desvanecer, cuanto que en esto le considero representante de una clase numerosísima de nuestro pueblo, siempre expuesta á ser arrastrada por las corrientes del

error sensualista de la época, y á cuya clase hay que suministrar armas, con que se defienda, poniendo á su alcance razones de carácter parecido al de aquellas con que se la ataca.

— ¿Y quién dice á Vds. que no sea yo tambien uno de los arrastrados? Mucho de lo que ignoraba he aprendido en nuestras *Conferencias* anteriores, y no negaré que hoy vengo con más dudas que afirmaciones, á pesar de que el terreno señalado es el más favorable á las tendencias materialistas.

— Quizá se equivoque V. tambien en esas apreciaciones, y ya estoy impaciente por oirle. Veamos, pues, cuáles son esos grandes argumentos, que la ciencia suministra contra la Biblia. Desde luego: ¿qué obstáculos hay para que ambas se armonicen hoy, como siempre?

— No me niego á intentar eso último; pero una de las primeras dificultades que me salen al encuentro, consiste en la contradiccion que establece la ciencia geológica con el primer capítulo del *Génesis*, que dice haber sido creado el mundo en siete dias.

— Explique V. más la dificultad.

— Consiste en que, segun la marcha de los fenómenos naturales, debió necesitarse infinitamente más tiempo para que el mundo, y no sólo este nuestro planeta, sino el Universo todo, el sistema planetario, que hemos de comprender en la grande obra de la creacion, se formára en el espacio.

— Es decir, que si por un momento prescindiéramos de Dios, creeria V. que el espacio ha debido tardar mucho tiempo en formar el mundo.

— También podría decir que la materia tardó mucho tiempo en tomar forma de mundo y dejar espacio.

— De ambos modos sería conveniente saber lo que es tiempo y lo que es espacio.

— ¡Pero hombre!... todo el mundo sabe lo que es tiempo y lo que es espacio.

— Sí, señor: todos los inocentes, los que viven á la buena y no se dan razon de las cosas; pero eso que parece tan fácil de conocer, no lo saben los que deben saberlo, es decir: los sabios, los que estudian y hacen profesion de aplicar ideas con exactitud.

— Vamos, Doctor, no sutilicemos, porque entónces no acabaremos nunca. ¡El tiempo!... El tiempo es el *antes* y el *despues*.

— No sutilizo, señor Maestro: es que para averiguar si está bien establecido en la Biblia el principio *de los tiempos* y lo que pudo encontrarse hecho en el primer dia de la Creacion que allí se narra, es preciso entenderse sobre lo que significa esa palabra *tiempo*.—V. me dice que es el *antes* y el *despues*; lo cual me satisface para cuando podamos tratar ligeramente entre nosotros aquí mano á mano; pero eso resulta insuficiente, en cuanto nos alejemos un poco, en cuanto se haga sentir la diferencia de meridiano, porque midiendo el tiempo por el reloj, única manera de hacer prueba permanente, yo entiendo muy bien que lo ocurrido á las once, sucedió *antes* de lo ocurrido á las doce. Si se encontrase V., no obstante, en la Habana y nos comunicáramos por telégrafo, como las doce de aquí son las siete y media de allá, no alcanzo

lo que sería despues, si las siete y media de la Habana ó las doce de aquí.

— ¿Sabe V. que necesitaria pensar un rato para responder á eso?

— Y me temo que no adelantaria gran cosa. Mejor aprovecharia su actividad, ó sea su *tiempo*, consultando á los muchos filósofos que han tratado de este asunto. Los racionalistas, por ejemplo, pretenden que el tiempo es una idea necesaria, y por ella alcanzan la de un tiempo absoluto, que no puede ménos de resolverse en la idea de Dios. Al contrario, los empíricos consideran el tiempo como una abstraccion, que sólo se concibe por la memoria. Leibnitz, apelando á las palabras, á falta de razones é ideas, llama al tiempo *el orden de los sucesivos*. Siguiendo igual sistema para eludir la dificultad, Kant, el padre de la moderna filosofía alemana, le atribuye una realidad puramente subjetiva, y hace del tiempo como del espacio, *una de las formas necesarias de la sensibilidad*; y los que en ménos honduras quieren meterse, dicen que el tiempo y el espacio sólo son condiciones apreciables de nuestra existencia material, no significando por sí cosa alguna.

— Pues con tal sistema y tales dificultades, desde luégo declaro á V. que nada podremos hacer, y que no hay medio de entendernos.

— No se me aburra V. tan pronto, D. Julian. Sólo ha sido mi ánimo darle á conocer cuán escaso valor debe concederse, no digo á las palabras solamente, sino tambien á ciertas ideas para defender ó combatir el texto de un libro escrito con el fin de que se entendiera en los

albores de la civilizacion, y que despues ha debido ser traducido y explicado á gusto de cada época. Como idea, fijémonos en las impresiones que un sistema físico cualquiera ha de hacer en nosotros: piense V., por ejemplo, en que miéntras está V. aquí sentado, marcha esa superficie, contra la cual se adhieren las cuatro patas de la silla, á razon de 30.550 metros por segundo en derredor del Sol. Averiguada cosa es que éste tampoco se está quieto, y que marcha con no ménos prisa en derredor de otro planeta; y nada se opone á que podamos creer que este último á su vez corre con igual rapidez, formando órbita con un tercero por centro, y así hasta lo infinito. Concluiremos por reconocer que todo esto constituye un equilibrio inestable, y que para no aturdirnos con la contemplacion de tan vertiginosa carrera y poder-nos entender, lo mejor será decir que *para nosotros* el Sol sale por la mañana y se pone por la tarde, y que aunque dicen, y es verdad, que la Tierra marcha, como *para nosotros* está quieta, siempre será cuando ménos más claro el hacer cuenta con los movimientos del Sol que con los de la Tierra, advirtiéndolo que todavía podemos encontrar sabios en el mundo que supongan á la Tierra inmóvil, como sostenia Ptolomeo, no reputando prueba suficiente de su movimiento la llamada aberracion de las estrellas, ni los datos que suministra el paralaje del Sol. Y si esto pasa con las ideas, ¿qué diré á V. de las palabras? Esta mañana mismo he tenido en la mano un devocionario francés, en el cual he visto constantemente vertida la palabra latina *ether* por *aire*. Convengamos, pues, en que al impugnar ó defender un libro tan anti-

guo como la Biblia, es preciso fijarse en algo más que en el significado, que actualmente pueda darse al texto llegado hasta nosotros.

—Pero, en fin, ¿puedo saber si está V. conforme conmigo en que la formacion del mundo ha necesitado más de los seis dias que nos dice el *Génesis*? A este respecto las afirmaciones de los geólogos no dejan lugar á la más mínima duda. Todas las señales que podemos observar en cuanto se profundizan los diferentes terrenos, revelan los resultados de una accion lenta y en armonía con las leyes físicas, que sucesivamente se han ido descubriendo. Todo ese gran conjunto así lo manifiesta, y hasta la forma del globo terrestre, esférica y aplastada en los polos, puede ofrecerse como ejemplo de lo que sucederia con una masa incandescente, que se dejase enfriar, sometida á un movimiento de traslacion y rotacion igual absolutamente al que la Tierra realiza. Convengamos, pues, en que, si, como V. decia la otra tarde, es imposible alcanzar la certidumbre absoluta en tales asuntos, cuando ménos las conjeturas se inclinan fuertemente á favor de los materialistas que contradicen la Biblia.

—Ni siquiera las conjeturas puedo conceder á usted, señor Maestro; porque, prescindamos de dos cosas que debemos tener siempre muy en cuenta, y son: por una parte la omnipotencia de Dios, que hace creer á San Agustin ser alegóricos los dias de la Creacion, la cual debió tener lugar en uno solamente, y las incertidumbres y constantes rectificaciones de la ciencia, por otra; yo admito como cierto que el mundo ha necesitado muchos

miles de años para formarse: ¿no admiten asimismo los geólogos que todo revela cierta separacion entre un número de evoluciones de especial carácter y que parecen, por su número, concordar con la separacion que establecen los dias de la Biblia?

—Sí, señor; pero son períodos de miles de años, y no dias, los que los geólogos admiten.

—Pero ¿qué se opone á creer que cada uno de los dias del *Génesis* durára tanto como uno de esos períodos geológicos?

—Porque de ser así, habria dicho Moisés *período* y no *dia*.

—Pues considere V. que, sea cualquiera la palabra de que se valiese, no pudo significar dia como los nuestros, es decir, dia solar, cuando no habia Sol. Es que usted, como los que en tal sentido suelen discutir, se olvidan de la materia de que tratan, y no colocan su reflexion en la situacion en que deben, segun el momento en que aquello se escribia. Cuando Moisés dice lo que leemos por comienzo en la Biblia, se refiere á una abstraccion; y respecto á dias comunes, pudo á lo más referirse á ellos despues del cuarto, en que se crearon el sol, la luna y las luminarias. Medite V. bien, por lo demás, sobre el verdadero texto y el sentido *posible* de la Biblia, y nos encontraremos con dos períodos, que pueden ser bastante largos para satisfacer todas las necesidades de los geólogos presentes y por venir.

En principio, y no *en el principio*, dice el texto hebreo: *Breschit bará Eloim et haschamayim wet haharethz*, que los más entendidos traducen literalmente como sigue:

En principio creó Dios los cielos y la tierra. En principio: es decir, en época de principiar y que pudo durar muchos períodos de miles de años. Por otra parte, según Moisés, cada uno de los seis días fué de la tarde á la mañana, ó más literalmente, de la tarde y de la mañana, y no dice que el sétimo haya concluido en la tarde de un octavo, con lo que los Padres de la Iglesia se consideran autorizados para decir que ese sétimo día es el período en que nos hallamos y que aún dura...

—Y sin embargo, el texto marca bien claramente días compuestos, como V. dice, de tarde y de mañana.

—¿Y entenderemos también que por eso eran días sin noche?... ¡Otro error, señor Maestro! El idioma hebreo no tiene, ni ménos podía tener cuando escribía Moisés por primera vez en el mundo, la claridad y exactitud del nuestro, que, como todos los modernos, se ha perfeccionado en fuerza de ser escrito por miles de autores: y así es que no hay tal tarde ni tal mañana en esos primeros versículos de la Biblia, sino las palabras *hereb*, que significa principalmente *fin*, y *boker*, que quiere decir *comienzo*; de suerte que en el curso de la narración lo que literalmente se dice, al marcar cada período, es que del fin (*hereb*) y del comienzo (*boker*) se formó tal *dia*. Y ahora permítame otra aclaración por la que acaso debí principiar, á saber: que la palabra hebrea *yom*, que nos han traducido por *dia*, significa igualmente *trascuro* y *período*, según la autoridad de muy doctos hebraístas.

—Pero entonces, ¿por qué los traductores han dicho *dia*?

— Porque cuando se hizo la version latina, como la griega y todas las demás, de las cuales proceden los textos de los diferentes idiomas modernos, no habian alcanzado las ciencias el adelanto que hoy para ayudar, cual ya puede y deberia hacerse, á completar la narracion. En aquel tiempo lo más claro era decir *dia*; pero no debe caber duda en que por *yom* entendiese Moisés *período*, pues que en el siguiente capítulo se encuentra bien claramente empleada la misma palabra en tal sentido.

—Dóime por convencido en esto, si me cita V. el versículo.

—Sí, señor. Vea V. el 4.º y el 5.º del capítulo 2.º que dicen, traduciendo literalmente la vulgata: «Tal fué el »orígen del cielo y de la tierra, cuando fueron criados »en *aquel dia*, en que el Señor Dios hizo el cielo y la »tierra y todas las plantas del campo, etc.» De modo que, si recordamos que hasta el tercero dia de los seis no aparecieron las plantas, fuerza será convenir en que ese *aquel dia* del capítulo 2.º comprende, cuando ménos, tres de los primeros. Digo, tío Rebollo, ¿no tengo razon...?

—Sí, señor Cura; y quien hace un cesto, puede hacer ciento.

— Prometí rendirme, y lo hago, no insistiendo en la cuestion de término y dias. Pero al comprobar y convenir en la exactitud del texto, me ocurre otra objeccion, que deseo ver contestada por el Doctor. ¿No está reconocido por los naturalistas que las plantas necesitan del calor del sol?.. Pues bien: ¿cómo hubo plantas en el tercer dia, cuando el sol no apareció hasta el cuarto? Y para

ser más claro, según lo que acabamos de convenir, diré que no comprendo cómo el período de creación y desenvolvimiento de los vegetales, pudo preceder al período de creación del sol y ordenación de un sistema en el espacio.

—Hábilmente ha aprovechado V. la concesión que acaba de hacernos; pero la verdad de la Biblia se patentiza en eso también...

— Pero, señores, ¿hay más sino decir que, sino puede negarse la existencia de Dios, es forzoso admitir su omnipotencia, y que por tanto Él pudo criar plantas sin sol?

— Indudablemente, señor Cura; y esa es una razón filosófica de gran fuerza; pero no necesitamos de ella, y tengo tanto más gusto en seguir al señor Maestro al terreno á donde quiere llevar la cuestión, cuanto que pienso encontrar de paso una prueba más del origen divino de esa Biblia, y de que es una verdad revelada.

— Veamos, amigo Doctor.

— Voy allá, señor Maestro. Las plantas, y no todas, requieren la influencia del sol para desarrollarse; pero las semillas, de que proceden, germinan perfectamente sin su influjo. Pues lo mismo que á las semillas actuales debió suceder á las vegetaciones primitivas, origen de las que hoy vemos, al gran semillero de la creación vegetal, que se nos revela por sus floras especialísimas, entre las que citaré la carbonífera, por ser la más conocida y que comprende especies muy numerosas, y distintas algunas de las que hoy existen.

— ¿Y no se hace intervenir el calor lo mismo en la

germinacion de las actuales semillas que en la formacion de los grandes vegetales perdidos que acaba V. de citar?

— Sí, señor; pero es que el calor podia y debia existir sin el sol. Vea V., como al principiar decíamos, de qué manera la ciencia en sus primeros pasos ha podido aparecer en contradiccion con la Biblia, para inclinarse ante ésta en cuanto pudo profundizar algo. Cuando se creia que todo calor procedia del sol, se formuló la objecion que V. ha presentado, y hoy, que los admirables y fecundos experimentos, que demuestran la correlacion de las fuerzas físicas, han venido á establecer que el principio, de que el calórico procede, existe por sí en la materia primordial, como el magnetismo, como la luz, como la electricidad, como el movimiento, porque todas estas no son sino manifestaciones varias de una fuerza única, la objecion cae por su peso, dejándonos absortos en la contemplacion de la manera cómo un hombre pudo expresar con tal concision, tal propiedad y exactitud, ese grande y solemne momento de animar Dios á la materia, que se habia creado inerte, diciendo: *Fiat lux*, hágase la luz, ó lo que es lo mismo, la atraccion planetaria, el movimiento y el calor. Y se confirma tanto más la narracion del hecho, y se admira tanto más el acierto de la expresion cuanto que la palabra, que escribió Moisés: *ha-or*, significa á la vez *fluido que vibra ú ondulante, llama, calor y luz*. ¡Ah, señores! ¿Quién pudo sugerir á Moisés el conocimiento de esas admirables teorías, que los físicos acaban de discurrir y comprobar? Solamente la revelacion divina.

— ¡De modo y por manera que el patriarca, que es-

cribió ese libro, sabía más que los que componen los que hoy leemos!!

— Sí, tío Rebollo; y ha sido menester que se inventen el vapor y la telegrafía eléctrica para que, facilitándose las comunicaciones, perfeccionándose los instrumentos, horadándose la tierra, registrándose el fondo de los mares y alcanzándose con globos hasta las capas superiores de la atmósfera, hayan podido entenderse los sábios. Así, abarcando en un sólo pensamiento el resultado de tan diversos estudios y comprobaciones, después de una inmensurable ojeada general, se ha reconocido la sacrosanta razón de Moisés y la verdad de la Biblia.

— No puedo negar que en algunas de esas cosas hay raras y curiosas coincidencias; pero la casualidad...

— ¡La casualidad! Permítame V. le observe que la idea vaga, que con esa palabra se expresa, tiene que trasformarse, cuando su repetición solicita el raciocinio. Cuando un hecho se repite metódicamente, deja de ser casual; y en la Biblia la concordancia con los hechos científicos principia en el primer versículo para acabar en el último. Si no pueden menos de admirar á V. las que llamaremos predicciones científicas del *Fiat lux*, lo mismo le debe admirar la sucesión ordenada de la creación. ¿Quién pudo sugerir á Moisés, que no tuvo donde aprender paleontología, ni biología, ni aún siquiera física, fisiología ni botánica, que las plantas se criaron ántes que todo animal, y que por ello las formaciones, que representan el exceso de ácido carbónico que aquéllas producen, como por ejemplo, el diamante, se habían de encontrar en terrenos donde

ningun resto de animal aparece? ¿Por dónde pudo averiguar despues que á las plantas habian de seguir los peces y las aves.

— ¡Qué! ¿los pájaros? ¡Hombre! Pues á mí me hubiera ocurrido que los pájaros hubieran sido lo último, para que la cosa fuera de abajo arriba!

— No deja V. de tener razon, tio Rebollo; y si no por seguir ese órden, por lo ménos, al ver esos animales, tan dotados de gracia y hermosura, parecia que más bien debia considerárseles procedentes de una época más adelantada, una especie de adorno complementario de la Creacion, y así lo hubiera dicho quien sólo escribiese una obra de pura imaginacion. Pues no señor, y sus restos aparecen apénas y en corto número justamente con los de los pescados en terrenos cretáceos ó más bien en los terciarios inferiores ó eocenos, en los que aún no se encuentran animales terrestres, éstos á su vez han dejado señales de su existencia en los terciarios superiores, donde tampoco se descubre rastro de hombre, cuyos esqueletos sólo se hallaron en los que se llaman terrenos cuaternarios ó modernos. De suerte que aquí tenemos perfectamente seguido el órden de superposicion, que Moisés nos establece. ¿Cómo pudo conocerlo él, que no hizo largos viajes; que no pudo examinar los grandes cortes de terreno que han necesitado los ferro-carriles y las demás grandes obras de nuestro siglo; que tampoco pudo observar los materiales extraídos, al perforar los pozos artesianos; que no se ayudó, en fin, con los extraordinarios inventos de nuestra época, ni pudo leer un sólo libro?

— ¡Verdaderamente que esas cosas.....

— Vamos, señor Maestro, no resista V. más: si me parece que va ya convencido...

— Pero, tío Rebollo, si es que en la Biblia, al lado de estas admirables prenociones, hay cosas que no se pueden creer, ciertos detalles del diluvio, la parada del sol por Josué...

— ¿Se puede responder también á eso, señor Galeno?

— Ya lo creo que se puede.

— Pues hasta otra tardecita.

QUINTA CONFERENCIA.

« Pretendo sostener por ello, que no es ló-
» gico atribuir la diversidad que existe entre los
» séres vivientes á causas caracterizadas por
» una uniformidad de naturaleza y una unifor-
» midad de accion. Solamente concibo una causa
» posible, y es la intervencion del espíritu en
» cuanto hemos visto. »

L. AGASSIZ. — (*Conferencias.*)

— ¡Vaya un modo de llover! ¡Mucho temo que no podamos pasear esta tarde! Fuerte cosa es que no caiga la lluvia, cuando los labradores la necesitan, y que se venga encima, cuando sólo molestias produce.

— Dios no es regador, señor Maestro, sino Criador. ¿Cuántas veces habrá cogido buenos pegujares el amigo Rebollo con muy escasas lluvias?

— Es verdad, señor Cura. En más de una ocasion he visto desaparecer como por ensalmo cosechas criadas con mucha agua, y, por el contrario, granar bien otras, en las que apenas se habia mojado la semilla; y bien puede decirse que, cuando para unos viene bien la lluvia, viene mal para otros.

—Y que como dice el refran, cuando Dios quiere, con todos aires llueve.

—¡Cómo! ¿Dirá V. que la lluvia no está sujeta á reglas físicas conocidas?

—Y tanto que lo diré. Aseguran los físicos, y en ello alguna razon llevan, pues que lo deducen de fenómenos bien estudiados, que la lluvia procede de las evaporaciones que se producen en la superficie de la tierra, y cuyo vapor en masa, enfriado á cierta altura, se liquefía y cae; y concuerda con esta explicacion el que llueva más en la proximidad de las montañas que en las extensas llanuras, por el obstáculo que aquellas ofrecen á los vientos, y el que tambien suela producirse la lluvia, cuando hay contrastes de vientos que interrumpen el curso horizontal de dichos vapores y los elevan, dando lugar á su enfriamiento y condensacion. Pero, segun eso, en los mares deberia llover muy poco, y pregunte V. á los marinos si es así, ó bien recuerde usted cuántas veces diluvia sin viento alguno, y hasta casi sin nubes.

—¿Y qué deduce V. de eso, Doctor?

—Que hay algo más en la lluvia de lo que dicen hasta hoy los físicos, y que probablemente la electricidad, que tanto se revela en las nubes, representa en el fenómeno un importante papel. Sin duda la evaporacion da el vapor y éste el agua; pero es menester, para que la última caiga y llueva, algo más, que espero se descubra algun dia por lo que pueda tener su conocimiento de útil al hombre, aunque Dios se reserve siempre el último secreto.

—¡Ya!... V. quiere indicar que solamente lo que á nuestro mejoramiento importa, permite Dios que conozcamos.

—Eso es de toda evidencia, Maestro. Compare usted los progresos de la ciencia aplicada á las artes con los de la misma á la filosofía especulativa, que opera, por decirlo así, en terreno vedado. Vea V. á cómo estamos, por ejemplo, de cosmogonía en el siglo del telégrafo, de los ferro-carriles, del fósforo, del gas, etc.: á ver si en dicho asunto sabemos mucho más que en los tiempos de Platon.

—¡Pues no hemos de saber! ¿Conocia Platon acaso el origen ígneo de nuestro planeta y las sucesivas transformaciones por que ha pasado su costra, hasta ofrecerse con su actual modo de ser, frio por fuera y en combustion por dentro?... ¿O cree V. que me satisface con sus objeciones de nuestra primera *Conferencia*? No, señor: más de una contestacion he recibido conteniendo argumentos con que refutar los de V.; y no sólo de Madrid, sino de diferentes puntos de España tambien. Vea, por ejemplo, lo que me dice una persona muy competente de Barcelona, para que desafíe á V. á que explique de otra manera que no sea por el enfriamiento de una sustancia en fusion, la forma esférica de la tierra y su aplastamiento en los polos; consecuencia exacta y precisa de su movimiento de rotacion, como el físico Plateau ha demostrado con un ingenioso experimento. Vea tambien lo que me escribe desde Múrcia un anónimo, cuyos datos y estilo revelan una persona de recto juicio y buenos conocimientos. Éste llega hasta escan-

dalizarse de que pongamos en duda un hecho reputado ya sin excepcion como incontrovertible por todos los geólogos.

—Vamos por partes, señor Maestro; y principiemos, haciéndonos cargo de la objecion de Barcelona fundada en la forma de la tierra, prescindiendo de que no era preciso suponer que fuera fluida la materia térrea, para que su movimiento llegára, en fuerza de tiempo, á producir tal forma, bastando para ello que no tuviera una excesiva dureza. Pero es que, ni aún admitiendo que fuese fluida, se deduciria de ello que el centro deba permanecer en ignicion.

—¿Cómo?

—Porque ha podido principiar el endurecimiento por el mismo centro, como opinan algunos célebres naturalistas; y con esto contesto la objecion de autoridad que, dice V., le viene de Murcia.

—¿Y puede V. citarme algun autor conocido que así lo piense?

—Puedo citar á uno que no solamente lo piensa, sino que lo prueba. Diga V. al anónimo corresponsal que busque las obras del ilustre astrónomo y matemático Poisson, y en su *Memoria sobre la temperatura del globo* verá que parte de la hipótesis más general y más científica de que la tierra, como los demás planetas, debió en su origen aparecer en estado de vapor, apoyándose en experimentos físicos de gran novedad y fuerza sobre la solidificacion de los gases. De estos experimentos se sigue que á semejante solidificacion de masa precede ó acompaña siempre la pérdida

entera y absoluta del calor de origen, cuya pérdida se verifica por desprendimiento y transporte de dicho calor del centro á la superficie, y principiando por el centro la solidificacion, deduce que el centro de nuestro globo es sólido y densísimo. Si á estas razones añade V. la que en nuestra primera *Conferencia* le dí, fundada en esta misma gran densidad del centro de la tierra, convendremos en que hay muy fuertes presunciones para suponer á éste frio.

—¿Y el aumento de calor, que se encuentra conforme se profundiza en la tierra, y que, como digimos ántes, es á razon de un grado por cada 32^m próximamente?... ¿Y los volcanes?... ¿Y las aguas termales?

—Todo eso indica que existe un depósito de calor en la tierra hasta cierta profundidad, tal vez resto del solar y quizá tambien limitado en la superficie; y si no, dígame V., si la progresion de dicho calor no sufriera interrupcion y en todas partes se observara con la misma regularidad, ¿cómo me explicaria V. las nieves de los polos?

—¡Por la disminucion del influjo del sol!

—Pues mida V. los grados en ménos que esa circunstancia representa, y compárelos con los grados en más que corresponden al aplastamiento de los polos y consiguiente menor distancia al centro del globo, es decir, al foco calorífico. Ese aplastamiento en los polos representa una profundidad de 20,90^m en el Ecuador: divida V. esa cantidad por los 32^m equivalentes á un grado de calor, y nos resultará una temperatura de 653°, con la cual se derretirian todas las nieves.

—Pero es que la costra, resultado del enfriamiento que produce la rotacion del astro, debe tener en los polos el mismo espesor que en el Ecuador.

—Prescindiendo de que siempre resultaria insuficiente la explicacion, á no suponer una falta absoluta de conductibilidad en la sustancia sólida, si, como V. acaba de decir, el enfriamiento es resultado del movimiento de rotacion, siendo éste muchísimo mayor en el Ecuador que en los polos, la costra no debe ser igual y mi argumento adquiere doble fuerza.

—¿De modo que rechaza V. en absoluto el sistema que hoy más generalmente se admite, para explicar así la formacion de nuestro globo, como sus condiciones físicas actuales?

—No, señor; no lo rechazo. Lo que sostengo es que la ciencia, no obstante sus recientes y maravillosas conquistas, no es aún bastante para explicar satisfactoriamente el origen del mundo.

—Pues ¿dónde iremos á buscarlo...?

—En la revelacion, en la Biblia...

—¡Miren como nos ha traído el Médico al punto, en que la otra tarde habíamos quedado! ¿No decia don Julian que habia ciertas cosas en las Sagradas Escrituras que le impedian creer las demás?

—Sí, señor; y citó como más principalmente increíbles algunos detalles del Diluvio y la parada del sol por Josué.

—Pues principiemos por el Diluvio.

—Para que no divaguemos, empezaré advirtiéndole que no abrigo la más mínima duda respecto al hecho

de que, en cierto período, ya fuese porque se derritiesen las nieves, que se extendían infinitamente más que en nuestra época sobre la superficie de la tierra, ó porque los mares ocupasen zonas que hoy les son inaccesibles, ello es que debió verse todo inundado; pero nada prueba, y ántes por lo contrario hay mucho que oponer al aserto de que lloviera tan excesivamente durante cuarenta días, que es lo que constituyó el Diluvio de la Biblia. Porque si la lluvia es resultado de la evaporación del agua, ¿cómo no se dice cosa alguna sobre los extraordinarios fenómenos caloríficos que debieron preceder á una catástrofe de tal índole?

—Segun eso, para V. el Diluvio bíblico fué lluvia.

—¡Me parece que todos lo entienden así...!

—Pues hacen mal todos los que así lo entienden, porque diluvio lo que significa es inundación, y ya tenemos otra palabra muy en peligro de perder su verdadero significado; pero vengamos al fundamento de la objeción. No pudiendo V. negar que en las cumbres de las más altas montañas se encuentran vestigios marinos, que prueban que hasta aquella altura, *quince codos sobre los más altos montes*, subieron las aguas de los mares, dice que eso puede explicarse por un derretimiento de nieves, que por todas partes existieran, ó porque los mares hayan cambiado de asiento. Aparte de que lo primero parece contrariar el origen ígneo de nuestro globo, que tanto sostiene V., si á tales causas se atribuyera la existencia de los terrenos diluvianos, sus formaciones serían de apariencia tranquila, y no, como se nos presentan, violentas con vestigios de gigantescas cor-

rientes de incalculable y asoladora fuerza: ni se podrian explicar esos inmensos depósitos de huesos de animales, que evidentemente fueron alcanzados en su fuga por grandes aglomeraciones en los puntos de más favorable refugio.

— Pero, repito, ¿cómo se preparó tan inmensa lluvia en la atmósfera? Y si no hubo lluvia, ¿de dónde salió tanta agua?

— El agua salió de donde la habia: lea el capítulo VII del *Génesis*, que dice textualmente: « A los 600 años de » la vida de Noé, en el mes segundo, á diez y siete dias » del mismo mes, se rompieron todas las fuentes ó depósitos del *grande abismo de los mares* y se abrieron las » cataratas del cielo. » Esto significa que, si bien llovió abundantemente, pues que dice, usando el autor una ponderacion usual, que se abrieron las cataratas del cielo, lo más importante debió ser el trastorno del *grande abismo de los mares*. Y aquí conviene advertir que la opinion de los más eminentes despreocupados geólogos es que esa terrible inundacion, ese diluvio universal, que menciona la tradicion de todos los pueblos del viejo como del nuevo mundo, y del que hablan lo mismo los egipcios que los chinos, así los japoneses como los mejicanos, debió reconocer por causa inmediata el levantamiento en montaña del fondo de los mares, de donde debieron surgir sistemas especiales de dichas montañas como las areniscas del Himalaya ó los Andes; por consiguiente, aquí tenemos una nueva comprobacion de la Biblia por la ciencia moderna.

— Efectivamente, veo que el texto concuerda con las

explicaciones geológicas, y sólo me queda la dificultad de explicar de qué modo pudieron unirse en el arca número tal de animales como representan la variedad de especies, que hoy conocemos.

—No me negará que las dimensiones eran suficientemente amplias: 300 codos de largo por 50 de ancho y 30 de alto, representan un bajel mayor que cuantos surcan hoy los mares.

—¿Y cómo pudo hacer entrar á los animales feroces?

—Es que esos, dice la Biblia, que *se le entraron*, ya fuese por instinto de salvacion despues de iniciado el cataclismo, ya porque la voluntad de Dios así lo determinára; pues no hemos de olvidar que hemos tenido que admitir necesariamente, al principiar nuestras discusiones, la existencia de Dios; y si pudo trastornar los mares, no debieron faltarle medios de reunir y encerrar las fieras.

—Indudablemente que, como vulgarmente solia decirse en las escuelas, el *posse* no es negable; pero no debemos olvidar nosotros que tenemos convenido no usar sino pruebas de razon físicamente demostrables.

—Pues tales son todas las que he presentado en comprobacion del diluvio: la abundancia de vestigios marinos en los puntos más elevados, los inmensos depósitos orgánicos, la composicion de los terrenos de sedimento, etc.

—¿Y se sentirá V. tan firme para dar visos de probabilidad á la parada del sol por Josué?

—Señores, ese hecho histórico pertenece á la cate-

goría de los prodigios obrados por el Señor. Es lo que se llama un milagro, y en tal concepto viene á ser de nuestra exclusiva competencia. El que, inclinándose ante la omnipotencia de Dios, crea en los milagros, debe admitir éste, mucho más si el historiador que lo refiere ha alcanzado gran autoridad por la comprobación física de los hechos, que de ella son susceptibles.

—Cierto es, señor Cura, que tratándose de un milagro, no pueden invocarse las causas naturales; pero no sucede lo mismo con las consecuencias del milagro y aún con la manera de producirse éste. Y en primer lugar, pues que está averiguado que no es el sol el que marcha, ni, por tanto, el que debia pararse, sino la tierra, ¿por qué nos dice Josué que paró al primero y no á la segunda?

—En el sentido que V. lo entiende, no dice que parára ni al sol ni á la tierra, sino que, hablando al Señor, debió pedirle que el sol *no se moviera*, como lo habria hecho en su caso todo el que tuviera necesidad de más día que el natural para concluir una obra, y no fuera entendido en astronomía. Vean Vds. el texto: «Entónces habló Josué al Señor el dia en que entregó al amorreo á merced de los hijos de Israél, y dijo en presencia de ellos: *Sol, no te muevas de encima de Gabaon.*» Y ahora pregunto yo: ¿cómo desearia el señor Maestro que hubiera dicho entónces Josué: *Tierra, párate, para que puedan conservarse las actuales relaciones de este punto de tu superficie con el sol?*... Confesemos que habria sido, si no preciso, conveniente al ménos, que, á seguida, hubiera entrado en algunas explicaciones as-

tronómicas. No comprendo cómo se extrañe que Josué usára la frase más á propósito para ser entendido de rudos guerreros, cuando en nuestros días, un gran poeta ha creído poderse producir del mismo modo entre literatos, y decir:

« Para y óyeme, oh Sol : yo te saludo,

» Y estático ante tí me atrevo á hablarte » (1).

Y sin embargo, nadie ha tachado de ignorante al poeta.

— Pues admitamos que se paró la tierra. ¿Se comprende que ocurriera esto sin un pequeño cataclismo?

— El que pudo hacer los milagros, pudo evitar los desastres que, sin su intervencion, se produjeran.

— Permítaseme que yo tambien dirija mis observaciones al señor Maestro en el terreno de la ciencia. Ésta reconoce hoy que los diluvios de Deucalion y de Oigés, confundidos por Cuvier con el universal, son enteramente distintos y posteriores á aquel en 800 años: el estudio cada vez más detenido de los terrenos cuaternarios, ha dado razon á Platon, que reconvenia á los sacerdotes de Egipto, por haber confundido el primer Diluvio con ese otro posterior, que destruyó la isla *Atlantida* y formó el estrecho de Gibraltar ó de las columnas de Hércules. La coincidencia de fechas, que ha sido comprobada entre la parada del Sol por Josué y el referido diluvio de Deucalion, constituye una buena prueba de que este cataclismo fué la consecuencia de

(1) Espronceda.

aquel milagro; pero no es la única, porque concurre á lo mismo la manera como se produjo el fenómeno, segun el testimonio de historiadores y poetas. Josefo, Herodoto y Jenofonte entre los griegos; Ovidio, Propertio y Lucano entre los latinos, mencionan en esa época un prolongado eclipse del sol, que cambió el dia en noche, resultando, segun todos ellos, una noche doble: *et calum nocte bis sine rege fuit*. Fácil es comprender que, si el milagro tuvo efecto, á los 26 minutos de salir el sol en la Judea, debia ser noche aún en Grecia y en Italia. Y ahora imaginemos cuál debió ser el resultado de semejante suspension en el movimiento diurno de la tierra: los mares debieron salirse en el sentido de dicho movimiento, con una violencia proporcional á la velocidad de éste, y por consiguiente, mucho mayor en las regiones del Ecuador que en las de los polos, y por ello la catástrofe no debió sentirse tanto en el Mediterráneo como en las regiones ecuatoriales del Océano: el mar Pacífico ha debido inundar parcialmente los terrenos inferiores del continente americano, principalmente en la América del Sur, hasta unir sus aguas con las del Atlántico y alcanzar las extensas llanuras del África, lo cual se ve comprobado á la vez por la tradicion de varios pueblos americanos, que conservan el recuerdo de una horrorosa inundacion, ocurrida despues de *una parada de sol que duró veinte y cuatro horas*, y por el estado en que vemos el continente africano por todas partes cubierto de arenas. Hay, pues, una comprobacion física y geológica para el milagro de Josué.

— Le veo á V. tan resuelto á encontrar salida para todo que no insistiré en objeciones de detalle, con tanta más razon cuanto que en todo esto no alcanza la ciencia todavía lo necesario para evitar contradicciones, y no tengo inconveniente en reconocer que de mi mismo hecho se pueden sacar deducciones distintas. Pero quien ha levantado un pico del velo, bien puede esperar descubrir cuanto esté oculto; y es un deber de la humana inteligencia el intentarlo, llamando en su auxilio á las ciencias morales, que tambien nos dan su contingente para los adelantos modernos, llevándonos al reconocimiento en nosotros mismos de un espíritu libre, que se rebela contra esa sujecion que la religion cristiana, como en general todas las positivas, nos quieren imponer encerrándonos en los estrechos límites de nuestro globo, obligándonos al trabajo y al dolor como condicion de vida, lo mismo que á la servidumbre ¿qué digo servidumbre? á la adoracion de un sér misterioso y desconocido, y exigiéndose todo esto de la más degradante manera. No, señor. Yo quiero ser libre de espíritu como de cuerpo; es decir, dueño de mi sér, porque en toda materia animada está el hombre, y esa materia siempre ha existido, no habiendo razon para que deje de existir, pues que los dias se suceden iguales los unos á los otros.

— Cuidado, señor Maestro, que vamos á decir que abandona V. el campo al Doctor: ¿no es cierto, Tio Rebollo?

— ¡Eh, señores! Ello es que por lo ménos habrá que convenir en que aquí D. Julian no ha podido pro-

bar que en las Sagradas Escrituras haya cosas que hoy no puedan creerse.

—Pues bueno: admitamos que la tradicion mosaica es obra de un hombre de superior instruccion y talento. Si la religion, que de ella dimana, me ofrece injusticias tales como la de hacer sufrir á todas las generaciones por la culpa que solamente el primer hombre cometió, y si despues añade á las naturales penalidades del mundo que vemos, las amenazas por lo que pueda suceder en otro que no vemos, creo tan sensato, y desde luégo más cómodo, no preocuparme del origen de lo que el estudio de la naturaleza me dice puede haber existido siempre y seguir existiendo eternamente.

—Parece que volvemos al principio de la conversacion, señores; y la verdad es que, á pesar de todo lo que llevamos hablado, eso que acaba de decir el Maestro, lo del pecado de Adan, es lo que ha labrado y labra siempre en mi espíritu. Y por cierto que me descorazona ver lo poco que hemos adelantado en ello, despues de tanto estudiar y discutir.

—No se desanime, Tio Rebollo: que hemos andado más terreno del que á V. le parece: sólo que el camino, en vez de ser recto y seguido, nos lleva en constante rodeo, formádo un círculo, que es la verdadera representacion de la eternidad en derredor de un centro que es Dios; de suerte que pudiendo variar lo que encontramos por fuera, siempre será lo mismo lo que veamos hácia dentro. Por eso tras cada série de argumentos que ocurra en el curso de la gran cuestion, habrá que repetir el fundamento de todo y volver al centro del

círculo, fortificando las pruebas de la existencia de Dios.

— ¿Se jacta V. de poder presentar alguna en otro terreno que el abstracto, en que se hizo el otro día?

— Sí, señor; y mientras más profundice V. la ciencia, más tangible hallará esas pruebas y más se multiplicarán las demostraciones, como voy á probarlo. No han bastado á V. las pruebas de la existencia de Dios, que adujo el señor Cura tomadas de la idea de causa, de la de bondad y de la de justicia, no obstante ser esas ideas tan necesarias y de existir en nosotros, contribuyendo á nuestro sér tanto, por lo ménos, como los brazos y las piernas. Todo eso le parece á V. demasiado elevado; sea en buen hora: bajemos, y no sea poco, ya que la ciencia nos da escalera. ¿Quién ha creado el mundo, si no ha sido Dios?

— Ya he dicho que nadie: el mundo ha existido de toda eternidad y seguirá existiendo, sin que jamás tenga fin.

— Pues yo digo á V., con el eminente Clausius, que si el mundo existiera de toda eternidad, hace una eternidad tambien que habria concluido; porque la tendencia innegable al aniquilamiento de todo trabajo y al equilibrio final de temperatura, obrando desde una eternidad, habria ya alcanzado su fin.

— Oiga V., señor Médico, eso no lo entiendo yo, y... ya V. me entiende á mí.

— Sí, señor: ya sé que hay obligacion de poner todo á su alcance, y voy á tratar de hacerlo, preguntando al Maestro cuál es el origen de toda vida, así en plantas como en animales.

— Ya digimos que el calor, ó sea la fuerza que anima á la materia, y esa fuerza, cuando deja de manifestarse como vida reaparece como calor, volviendo luego á ser vida. Así es como la tierra cria la planta; ésta mantiene ó cria al animal, el cual da calor y abono para nuevas plantas, y así constantemente.

— Pero ese calor viene del sol, pues que cuando no hay sol, ni viven plantas ni animales.

— Seguramente.

— Pues sepa V. que, segun los más recientes estudios, esa fuerza ó ese calor de todo nuestro sistema solar disminuye de tal modo que apenas queda hoy una 454 ava parte de lo que primitivamente existia, por lo cual no podemos ménos de convenir en buena lógica, y segun los datos de la ciencia positiva, de la ciencia física, que el mundo se gasta y propende á concluir: luego no es eterno y álguien lo creó para algo.

— Asegura V. las cosas de tal modo, que... vamos... sólo me atrevo á decir que desearia poder juzgar de la certeza de tales cálculos.

— Esos cálculos, Maestro amigo, no pueden contradecirse hoy, ofreciendo una base muy parecida, sino igual, á la de aquellos que tan brillante y clara comprobacion obtienen por la prediccion de los eclipses... ¡Ah, señores materialistas! ¡Cuán delicados y difíciles os mostrais para admitir pruebas de vuestros adversarios, siendo tan fáciles para aceptar cuanto halaga vuestro capricho! Mire V., tio Rebollo: ¿vé V. desde este balcon el barranco, que fué preciso cortar hace seis años para pasar el agua de la fuente grande?... Pues ahí

puede observar un pico saliente de granito, que es terreno primitivo, tocando con mayor masa de otra roca, que es gneis. Vea V. luego una capa de pudinga y otra de cantos rodados; luego encima una arcilla muy apretada, y más arriba la caliza: ahora siga V. con la vista algunas varas más adelante y encontrará todo eso mismo trastocado. ¿Lo vé V.? Pues líbrenos Dios de que en alguna de esas capas inferiores nos tropecemos con un hueso de hombre, porque eso bastará para que se diga que es mentira cuanto se contiene en la Biblia, y falsa nuestra religion.

— ¡Pero D. Julian, para raciocinar así es menester estar loco!...

— El Médico exagera, Tio Rebollo.

— No exagero: que ha durado seis años la controversia sobre el famoso hombre fósil de Menton, hasta que al fin se han dignado los sabios reconocer que quizá el terreno, en que se encontró el esqueleto, habria sido removido, cosa, como V. comprende, difícilísima. Es que en este momento, aún se miden escrupulosamente los huesos encontrados en la gruta de Aurillac y un cráneo procedente de una caverna cerca de Lieja y otro que nos viene de Arezzo, y todo eso se compara con lo que se ve al día en las salas de diseccion, para deducir el mayor ó menor espesor de las láminas óseas, las diferencias que en sus curvas ofrecen y hasta las rayas que en las superficies pueda haber, sin tener en cuenta el efecto del trascurso de centenares ó millares de años y las alteraciones, que la infiltracion lenta de aguas cargadas de sales puedan haber producido. Por supuesto que

esos sabios no se llaman Bundsen, Liebig, Poisson, Secchi, ni Agassiz.

— Lo cual quiere decir...

— Que ni son físicos, ni químicos, ni matemáticos, ni astrónomos, ni naturalistas; sino paleontólogos, poetas y sabios de fantasía.

— Todo lo que V. quiera: yo sigo preguntando ¿qué tenemos que ver nosotros los hombres actuales con que Adan pecara? ¿ni cómo se comprende que por tan leve falta, como la de probar de un fruto, se le impusiera á él y á todos sus descendientes un castigo tan duro?

— Eso último, D. Julian, es una alegoría para expresar la rebelion contra Dios, como alegoría presume San Agustin sean los días de la creacion, que opina debió ser obra de un sólo instante. En cuanto á lo de que nosotros, descendientes de Adan, tengamos que ver con su culpa, le diré lo mismo exactamente que hemos hecho cada uno de nosotros para que nuestros padres respectivos fueran descuidados ó agenciosos, gastadores ó económicos; no obstante lo cual, hemos nacido, por ello, pobres ó ricos.

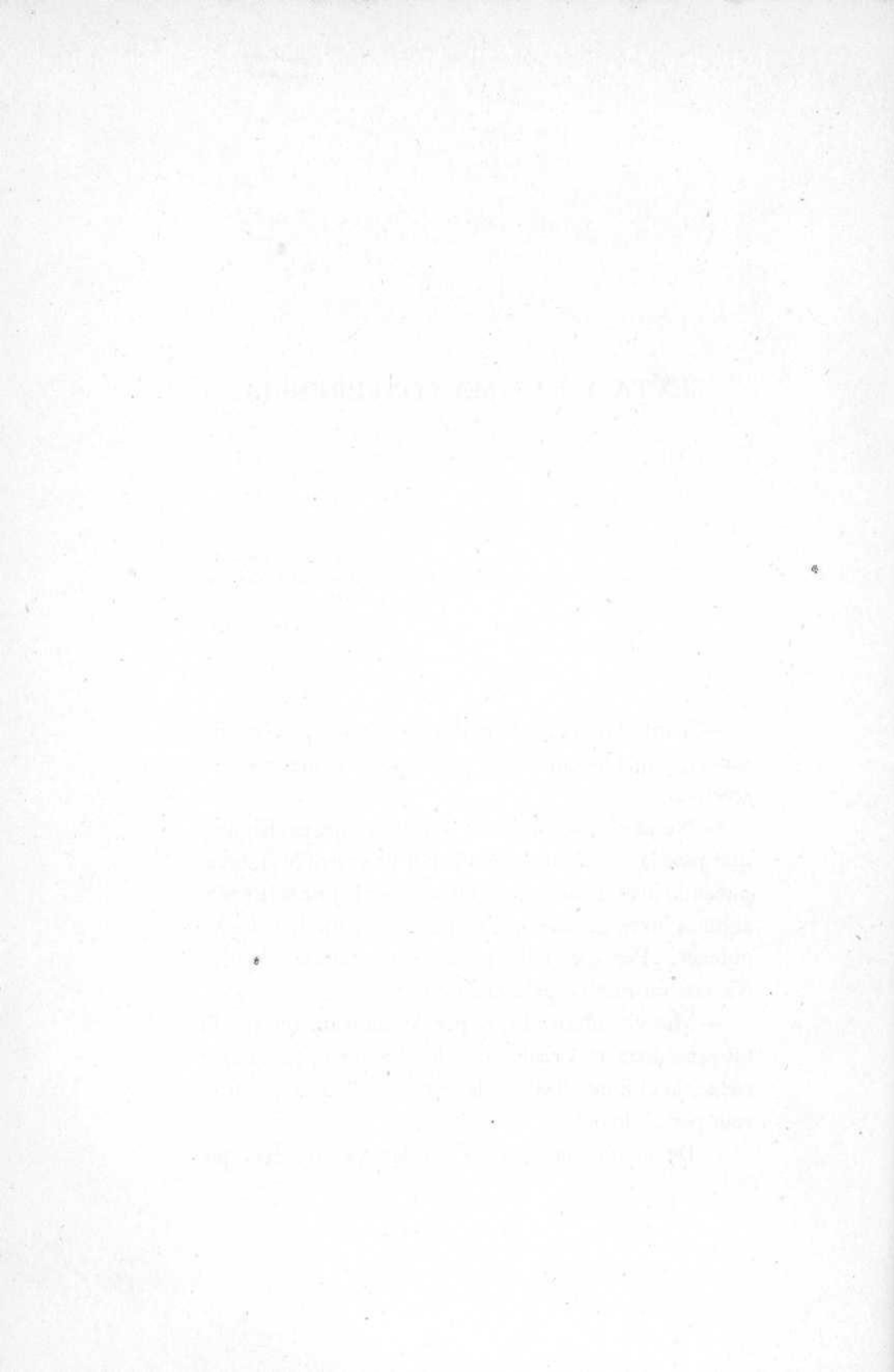
— Verdad es, D. Luis, que esa parece ser ley del mundo; pero ¿es justa?

— Como todo lo que de Dios emana, alcáncelo nuestra comprension ó no. Hémos aquí que insensiblemente se nos ha venido la noche mientras hablábamos: supongamos que, atacados de repente por una enfermedad que aquí el señor Médico sabe nombrar, perdiéramos totalmente la memoria; no por eso habríamos perdido el sentimiento ni la aspiracion á gozar del dia; no nos

conformaríamos con las tinieblas, y á tientas, trabajosamente, buscaríamos una salida, ó más bien, un mejoramiento. Tal es la vida del hombre.

— Así debe ser, señor Cura; y por eso he sentido yo siempre como un ánsia de algo que me faltaba y que he andado buscando, segun V. dice, á tientas durante todos mis años, sin atinar con puerta ni camino.

— Esa puerta y ese camino, créalo V., amigo Rebo-
llo, son los que nuestro Redentor vino á enseñarnos. Hemos reconocido con pruebas espirituales y materiales que el mundo no es eterno, sino que ha sido creado: * luego hay un Dios Creador. Hemos reconocido que la ciencia, es decir, la inteligencia del hombre, no alcanza á determinar su origen para poder deducir algo de su probable destino; luego es precisa la revelacion. Hemos reconocido la autenticidad y verdad de la Biblia en cuanto á lo que fué; luego debemos tomarla por guía para lo que será. Quédanos reconocer que Jesucristo es el Mesías, y que estamos en lo firme, siguiendo la senda que nos trazó y utilizando su sacrificio. Sea este el asunto de nuestra última *Conferencia*.



SEXTA Y ÚLTIMA CONFERENCIA.

El hombre es un compuesto de tiempo y de eternidad. Ésta entra por la verdad en la composición.

LEIBNITZ.

—Tarde llega V., señor Maestro, lo cual prueba cansancio, y que haremos bien poniendo fin á nuestras *Conferencias*.

—No es eso, señor Cura. Si llego tarde, es debido á que pasé la noche atormentado por una terrible jaqueca, pidiendo instintivamente á Dios un alivio que solamente algunas horas de sueño, durante el día, me han hecho obtener. ¿Por qué Dios no me concedió ese alivio?... Ya era un motivo para creer en él.

—Motivo interesado, y por lo tanto sin mérito. Si así procediera el Criador con los hombres, ¿á qué se reduciría el libre albedrío de éstos, ni cómo se purificarían por el dolor?

—De modo que, para V., valgo ya hoy más que

ayer valia, puesto que he pasado veinte horas rabiando, y en el crisol del sufrimiento.

—Eso V. mismo lo podrá juzgar. ¿Se siente V. un tanto realzado en el fondo de su propia conciencia?

—No; porque, al ver inútiles mis instintivas súplicas, perdí la paciencia y ya no hice más que maldecir.

—Eso es; pero sobradamente comprende V. que toda maldicion es estéril, así como es fructífera toda bendicion. La cosa se reduce, pues, á que ha tenido V. una ocasion de mejorar su alma, sufriendo con resignacion y humildad el mal del cuerpo, y la ha desaprovechado.

—Pero señores, ¿por qué ese empeño de que hemos de ser desgraciados y vivir en el dolor?

—Porque en el dolor se cifra la demostracion más tangible de la verdad de nuestra religion y de la necesidad de la fé. Sin el dolor, la pobre raza humana podria verse atropellada por cuantos desvaríos ocurrieran á las imaginaciones ligeras, y suceder que ni siquiera se acordase el hombre de que álguien lo habia criado y que para algo se le habia criado. Concretémonos, para no hacer interminable la discusion, á los varios sistemas filosóficos del dia: principiemos por la escuela positivista, que no inquiere causas y adora á la humanidad. ¿Cómo adorar, es decir, reconocer supremacía en un sér que sufre y se queja y desespera y maldice? Y concluyamos con esa variedad del panteismo, que tanto se ha extendido en nuestros tiempos bajo el nombre de filosofía alemana, y que propagan Hegel y Krauss, Vacherot y Renan, Shelling y Sherer, Taine y Sainte-Beuve: su doctrina puede resumirse en que Dios es la

idea, desarrollándose en el universo. ¿Qué papel representa entonces el dolor? ¿qué significa y por qué existe el mal? ¿De dónde provino?

— Podrán decir á V. que, si el mal subsiste aún en el mundo, es porque Dios, último término de lo bueno, lo bello y lo verdadero, está en vías de formacion con el universo y no existe aún.

— ¡Hola! De modo que ya reconoce V. que Dios, si no en lo presente y lo pasado, al ménos en lo futuro, es lo bello, lo bueno y lo verdadero en esencia.

— Como esa idea radica necesariamente en nosotros, no puede negarse que debe tener una realidad.

— Pues ya que ha principiado V. á ser lógico, no lo sea á medias; porque si existe en nosotros la idea de lo bello, lo bueno y lo verdadero en esencia, tambien existen las de lo infinito y lo absoluto; y solamente la idea de Dios puede, por reunir las todas, satisfacer á nuestra razon. Más juicioso encuentro, á este respecto, á Proudhon, que reconoce al mal como á señor del universo.

— Pero entonces, ¿y el progreso?

— Ciertamente que esa doctrina, con ser, lo repito, la más lógica de las modernas ateas, cae por tierra, viendo el mejoramiento progresivo de la humanidad. Pero por lo expuesto, que hoy se nos presenta como lo más sostenible, podemos juzgar de la inanidad de todos los sistemas filosóficos opuestos al cristianismo, que es la religion del dolor y del sacrificio, sin duda, pero tambien del progreso y de la esperanza.

— Pero ¿y por qué del dolor? repetiré mil veces.

— Filosóficamente le diré, como en las anteriores *Con-*

ferencias, que, según se ve, el dolor es condición precisa de mejoramiento y progreso para la humanidad, y este es un hecho, que no hay sino hacerlo constar. Cristianamente puedo explicarle más; porque los libros sagrados nos dicen que el hombre, rebelde á Dios y condenado por la eterna justicia, mereció un castigo y obtuvo después una redención.

— Verdaderamente que si la razón filosófica nada dice, habrá que recurrir á la razón cristiana, que dice algo; y si la explicación del pecado original y la necesidad de la redención estuviesen bien comprobadas...

— La relación del pecado original aparece tan comprobada como el acontecimiento histórico más seguro; y si el historiador primitivo ha sacado su obra victoriosa de los embates, á que la sometiera la ciencia moderna en cuanto al origen del mundo se refiere, según ya hemos visto, ¿con qué prestigio no deberemos considerar las Escrituras ahora?

— Si se permite al representante, aunque indigno, de la ciencia en esta reunión decir una palabra...

— Hable V., señor Médico, hable V.: que aquí estamos para oírlo como para decirlo todo.

— Pues observaré que los estudios morales concuerdan admirablemente con los astronómicos, en cuanto hace referencia á la caída del hombre. Ese sentimiento de un bien perdido que ansiamos recuperar, sed inextinguible de justicia y de bienestar; esas confusas reminiscencias, que filósofos y naturalistas han hecho constar siempre y que vagamente se perciben durante los cortos años de la adolescencia, al ejercitar la razón su primer

vuelo,—todo eso concierta bien con la existencia en nuestro sistema planetario de astros inferiores en magnitud al nuestro y de otros, que le son superiores. Á mí me parece ofrecer algunas probabilidades de acierto la hipótesis que, partiendo de la caída del primer hombre desde el Paraíso, cuya situación en la tierra no ha sido posible averiguar, y del mejoramiento sucesivo, hiciera pasar á éste por una série de diferentes existencias en planetas distintos, siendo, por ejemplo, el más pequeño, *Mercurio*, una especie de infierno en el cual dominaria por completo el mal; siguiendo *Marte* y luego *Vénus*, en los que el bien se haría ya sentir; despues la tierra, con proporciones más tolerables de bien y de mal; continuando *Urano*, *Neptuno*, *Saturno* y *Júpiter*, cuyos habitantes, cada vez más perfeccionados y cada vez ménos enlazados á la materia y más puramente espíritus, guardarían cierta analogía con los ángeles, arcángeles y querubines, que los libros santos nos mencionan como habitantes de *diferentes cielos*...

— Pero si así fuera, Doctor, ¿por qué no habíamos de guardar una memoria de lo pasado que nos guiára en lo porvenir?

— ¡Por eso mismo, señor Maestro! Si tal memoria se concediera, ¿qué mérito habria en ser bueno? El libre albedrío individual, necesario á la purificación, desaparecería.

— Muy grave me parece, amigo Doctor, esa hipótesis que nos acaba V. de formular, y bastante asoma en ella el orgullo del sabio, que no se satisface con lo que Dios se ha servido revelarnos. Si el principio de toda

enseñanza es la lógica, ¿no le parece á V. que desde el momento en que esta misma nos dice ser absurdo que la criatura llegue á comprender el pensamiento de su Creador, lo único razonable es deducir la necesidad absoluta é imprescindible de una revelacion divina, inclinar la cabeza y tener-fé?

—Esta vez, señor Doctor, el Cura la emprende con usted, y me alegro. El argumento no tiene réplica: ó se cree todo, ó nada; de suerte que si hay testimonios de que Adán y Eva desobedecieron y de que por ello Dios los maldijo á ellos y á toda su descendencia, no hay más que admitirlo así y conformarnos con que todos somos malditos, grandes y chicos, y hasta los niños de pecho...

—¡Alto ahí, Magister!: que ya pasa V. á exageraciones, en las que jamás incurrirá un eclesiástico medianamente instruido.

—¡Cómo! ¿Pues no se nos dice que fuera de la Iglesia no hay salvacion posible? ¿Y no es el bautismo la única entrada de la Iglesia?

—Es que no hay solamente el bautismo de agua: hay tambien el del deseo latente, que consiste en la buena fé, el amor de Dios y las buenas obras. Nótese que la escritura no dice que Dios maldijese á Adán, á Eva y á su descendencia, sino que por su falta maldijo á la *serpiente* y á la *tierra*, ó como podria decir en su lenguaje científico el Doctor, á la carne y á las sugerencias de la misma. Pero como habia otra cosa más que la carne en el hombre, escapó aquella á la maldicion, para concurrir al milagro de la redencion, en los cristia-

nos con la fé y en todos los demás con el sacrificio.

—¡El sacrificio, es decir, el padecimiento! De modo, que segun eso, la fé tiene la ventaja de podernos dar la salvacion sin dolor.

—Sin dolor, ó con ménos dolor, porque el hombre siempre ha de padecer. Pero es incalculable lo que la fé ahorra, como bien se comprende y reconoce por cuantos han presenciado la muerte de verdaderos cristianos. Y ahora, si consideramos que la única explicacion posible (aún fuera de la fé) para las miserias de nuestra vida, que principia con los dolores de la madre y las lágrimas del recién nacido, acabando con la agonía del muerto y el llanto de sus hijos, es decir, lágrimas al entrar como al salir; la única explicacion, repito, es la que nos viene por la idea de justicia, que siempre encontramos en el fondo de nuestra alma, y que nos dice que todo mal *sentido* ha de ser consecuencia de otro mal *practicado*, so pena de caer en el dislate de pensar que podemos ser obra de un sér, que se complazca en hacer sufrir, llegando al sistema de Proudhon, que hemos reconocido incompatible con el progreso evidente de la humanidad. Si á todo esto atendemos, será fuerza reconocer que las páginas de la historia del hombre estaban tambien preparadas para inscribir en ellas, como principio, el suceso del pecado original y de la redencion, que, puede decirse que, de por sí, aparecen desde luégo esos acontecimientos, con caracteres de evidencia.

—¿Pero al fin se inscribieron de veras?

—Y del modo más terminante y universalmente reconocido; porque, al través de las alteraciones que la

pobre comprension humana ha dejado introducir en cada comarca, el acontecimiento de que tratamos, se refiere de un modo semejante por todas partes. Así, entre los griegos y romanos, encontramos la creencia de que Júpiter, enojado contra Prometeo, que habia robado fuego del cielo para animar una estatua de barro (y adviértase que la palabra Adan significa tierra ó barro rojo), envió á Pandora para que abriese la caja de los males, quedando únicamente la esperanza en el fondo. La tentativa de los Títanés envuelve la misma idea.—Entre los antiguos habitantes del interior de África, la serpiente tentadora que Dios mató, y de la cual provienen los hombres, se venera en los templos con la esperanza de una trasformacion. Si es en Asia, los antiguos persas decian que *Ahriman* (hombre de mal), por otro nombre Shetan (*Satanás*), se presentó en forma de culebra al primer hombre y á la primera mujer, para persuadirles á comer unos frutos *que les hicieron perder todas sus prerrogativas*. Entre los chinos, á pesar de la destruccion, hasta cierto punto reciente, de sus libros antiguos (214 años ántes de J. C.), se ha conservado la tradicion de que el hombre, rebelado contra el cielo, sufrió un castigo, por el cual los males y los crímenes se esparcieron por toda la tierra.

—Esas comarcas de Asia y de África, se comunicaban demasiado con la Judea, para que las tradiciones de unos pueblos no se asemejasen á las de otros.

—¿Y por qué habian de prevalecer las de los que eran ménos numerosos y tenian menor poder?—Pues investiguemos en el continente americano, y encontra-

remos por un lado á los mejicanos, que dan el nombre de *Cihua-Cohuali*, ó sea *Mujer de la Serpiente*, á la que mencionan como madre de todo el género humano. Por otro lado los salvajes hurones y los iroqueses dicen que, habiendo desobedecido al gran espíritu el primer hombre y la primera mujer, fueron abandonados al poder del espíritu maligno, que *les hizo degenerar*. Y no hace mucho tiempo que en Pensylvania se descubrió, bajo una antiquísima encina de más de 600 años, una escultura en piedra, representando un hombre y una mujer, separados por un árbol: la mujer tenía frutos en la mano, viéndose en derredor de ellos ciervos, osos y pájaros. En una palabra, la caída del primer hombre puede decirse que sirve de comun origen y fundamento para la historia de todos los pueblos.

—No negaré tal aserto, señor Cura; más ¿no podríamos decir que ha pecado V. por exceso de prueba? Y digo esto, porque al considerar semejante uniformidad de creencias entre todos los pueblos del mundo, conformidad que tan difícil es conseguir entre los más cercanos, aun para referir hechos certísimos ocurridos ante nuestros propios ojos, no puedo ménos de pensar en que semejante tradicion puede ser quizás consecuencia de una deduccion filosófica de aplicacion general y necesaria, más bien que un verdadero hecho histórico. Ese sentimiento de todo el género humano, que hace poco reconocíamos, aspiracion á un bien que debe existir y haberse conocido en alguna parte, pues que se desea y nunca se alcanza, no tiene (medítelo V. bien) otra explicacion en el curso de nuestra vida real.

—Pues no hace V. sino confirmar la verdad de la tradicion que discutimos, desde el momento en que confiesa que las cosas no han podido suceder de otro modo que como se nos dice que sucedieron. Y ahora, con tal base de creencia, reconocidas la caida del hombre y la necesidad de la redencion, avancemos un poco más, y examinemos las profecías.

—Ya sabe V. el juicio que de los profetas ha formado Ernesto Renan.

—Sí; supone que los profetas hebreos se limitaban á prever la satisfaccion de las aspiraciones de aquel pueblo. Pero eso es tambien un reconocimiento explícito de la verdad de nuestra religion en lo que tiene de más fundamental el misterio de la redencion, pues que se reconoce como una verdadera necesidad de los pueblos. Mas, ¿cómo no hubo profetas más que para las necesidades espirituales? ¿No apremiaban las materiales de la vida mucho más, como tambien apremian hoy? Pues para ellas no ha habido profetas, como tampoco los ha habido desde que Jesús nos redimió; y vemos en contra que para anunciar este misterio, no fueron profetas únicamente los que figuraron en los libros sagrados, sino que lo fueron tambien los autores profanos posteriores, y que á Isaias, á Daniel y á David siguieron Virgilio, Suetonio y Tácito.

—Estos dos últimos, si no me engaño, escribieron un siglo despues de Jesucristo.

—Sí; pero refieren y hacen constar creencias arraigadas de muy antiguo, no solamente entre los hebreos, sino tambien entre los demás pueblos de Oriente, segun

las cuales ciertos hombres que *saldrian de Judea, dominarian el mundo*. Y esta prediccion adquiere carácter de profecía, por haberse cumplido dos siglos despues; pero Virgilio, que murió 19 años ántes del nacimiento de Jesucristo, ¿no consignó en una de sus églogas que estaba muy próximo el advenimiento de la edad última, predicha por la Sibila de Cúmas?

Ultima Cumæ venit jam carminis ætas.

¿Y que por el nacimiento de un niño, mediante una vírgen, iba á volver al mundo la edad de oro?

Jam redit et virgo redeunt Saturnia regna.

—No trato de negar que, al aproximarse la venida de Jesús, los pueblos todos estaban conmovidos por la necesidad de una revolucion social; y naturalmente, filósofos, oradores y poetas, anunciaban un gran cambio en todo...

—Pues vamos consignando circunstancias. El misterio de la redencion era necesario; una. El misterio de la redencion fué anunciado para época fija por los profetas con 490 años de anterioridad (las setenta semanas de años de Daniel); dos. El misterio de la redencion fué una necesidad imprescindible, cuando llegó su época; tres. El misterio de la redencion fué realizado con exactitud escrupulosa; cuatro. Finalmente: El misterio de la redencion, historiado y corroborado por todos los pueblos modernos, surtió sus

efectos y cambió ventajosamente la condicion del hombre; cinco. Dígaseme ahora con entera calma é imparcialidad, si jamás se vió otro suceso histórico tan perfecta y evidentemente comprobado. Lo que sabemos sobre la existencia de ciudades, como Tiro y Sidon, como Troya y Roma, Constantinopla y París, ó de personajes como Semíramis, Ciro, Alejandro, Julio César, Carlomagno ó Napoleon, ¿podria ser afirmado por quien sólo juzgase con las pruebas testimoniales de la manera que puede, solamente por éstas, afirmarse la caida del hombre y su redencion por Jesucristo?

—¡Señor Maestro! ¡Ya ve V. si he dicho esta boca es mia en toda la tarde! Pero lo que es ahora, si soy mudo, reviento. Lo que el señor Cura nos acaba de explicar no tiene vuelta de hoja. Yo, y toditos los del lugar, creemos lo que nos cuentan de Bernardo del Carpio y del Cid Campeador, sin más que porque lo dice la gente, y unas cosas dudo, y otras nó, de sus hazañas; pero si se me hace ver que lo atribuido á ellos era preciso que lo hubieran hecho, y que algun santo habia anunciado que para tal época se habian de presentar, y luégo los libros dijeran de conformidad que se presentaron, y luégo tocara las resultas de estos hechos... entónces no podia elegir, y habia de creer á la fuerza.

—¿De modo, señores, que no se admite réplica? Pues ahí se quedan Vds., y yo les regalo todas esas verdades, que para mí están de más.

—¡Cómo!

—Porque despues de todo quiero, segun dije ántes,

comer, beber y dormir, sin ocuparme de otra cosa que de lo que produzca una utilidad palpable.

—¿Hemos olvidado ya á Ramon, el Zurdo?

—Permítame V., tío, que tome las cosas desde mayor altura. El hombre, señor Maestro, es un sér eminentemente social, no obstante haber algunos que prefieren apartarse y vivir fuera del trato de sus semejantes. De igual manera, siendo general la necesidad de las creencias religiosas, hay algunos seres excepcionales, á quienes de buen grado reconozco la calidad de hombres, y que ya por manía, ya por excentricidad ó por algun interés, permanecen ajenos á todo sentimiento de este órden. Pero la religion concierne á la generalidad de los hombres, á la humanidad; y respecto de ésta no cabe duda de que la religion es una necesidad, pues que no se ha conocido un sólo pueblo que sin religion haya vivido.

—Á la verdad que ha sido por poco tiempo; pero puede decirse que si la representacion de un pueblo en toda época es su gobierno, la Francia vivió sin religion el año de 1793, y durante los dos meses de la última Commune.

—¡París querrá V. decir! Mas las catástrofes y terribles ruinas que en ambas ocasiones siguieron al momentáneo eclipse de la influencia religiosa, confirman la necesidad de ésta.

—Pues convengo en que es precisa la religion; admito las verdades de la Biblia y la necesidad de la redencion: todavía me queda alguna duda sobre si efectivamente fuimos redimidos ó si no ha venido aún el

Mesías, como los judíos creen. ¿Puede V. ofrecerme alguna prueba terminante y evidente de que Jesucristo fué el Redentor?

— Las pruebas históricas son multiplicadísimas, como que desde que tuvo lugar el gran suceso, que testimoniaron los apóstoles y consignaron tan detalladamente los evangelistas, ni un sólo historiador lo ha omitido, encontrándose lo mismo en las obras de Josefo, de Celso, Juliano y Orovio que en el Talmud y en los escritos de Filon y de todos los llamados gnósticos, que se suponían únicos poseedores de la revelación divina, sin ser cristianos.

— Perdóneme V., tío, que le interrumpa. Hágolo para recordar la contestación de aquel capellán, á quien apremiaba cierto rey para que le diera una demostración clara de la divinidad de Jesucristo, pero muy brevemente formulada, porque sus multiplicados quehaceres le impedían conceder mucho tiempo al asunto. *Los judíos*, contestó. ¿Qué mayor prueba que la de verlos sentados en nuestras Asambleas soberanas, ministros de nuestros reyes, doctores en nuestras Universidades y ricos entre los ricos, aglomerar tesoros fabulosos, con los que hoy todo se obtiene, y sin embargo, no poder hurtarse de la maldición de Dios y constituir pueblo?

— No hay que esforzarse tanto, señores. En mi calidad de positivista no tengo empeño en defender al judaísmo actual, y desde luego reconozco que si autores profanos como Tácito, Suetonio y el mismo Virgilio atestiguan que el Mesías era esperado, según la *antigua y constante opinión de los hebreos*, para la época en que Je-

sucrismo vino al mundo ; si está probado que obró milagros, siendo el más grande de todos haber llamado á los hombres por el sufrimiento y no por el goce, y haber vencido á los más grandes poderes de la tierra, sin otras armas que la persuacion y el sacrificio ; si todo esto se tiene en cuenta... lo que es en el terreno de la razon filosófica, no encuentro argumento bastante para negar la divinidad de Jesús. Y luégo será cuestion de temperamento seguir ó no incrédulo ; pero si de nuevo nos trasladamos al terreno del positivismo y de la utilidad práctica, á que debemos aspirar, pues que influye en la marcha del hombre hácia su perfeccionamiento, encuentro aquí un argumento que no es contra la religion cristiana, sino contra la unidad y universalidad, que se atribuye el catolicismo.

—¿Cuál es?

—El mayor adelanto, la superioridad intelectual, moral y material de las naciones protestantes en nuestra época sobre las católicas.

—¿Quiere V. que empecemos, como sería lógico para quilatar el argumento, por examinar el origen de todos los cismas que han existido en el cristianismo, y ver si hay justificacion para ellos?

—Es inútil, señor Cura. Ningun hombre de mediana rectitud emprenderá la tarea de justificar al sensual cortesano Fócio, autor del cisma de Oriente, ni mucho ménos á Lutero, á Calvino, ni á Enrique VIII de Inglaterra ; pero esa misma ignominia de su origen casi puede decirse que da más fuerza al argumento. ¿No será que el beneficio de dejar á cada hombre en el pleno

dominio y libre ejercicio de su razon, y por ello con la entera responsabilidad de sus actos, ofrece tales ventajas que compensa con exceso el dicho mal origen?

—Idea es esa que necesitaria mucho más tiempo del que hoy tenemos para ser discutida. En mi escrúpulo por no apartarme de la verdad, á la que el carácter sacerdotal tanto me obliga, he de principiar por reconocer que ciertamente las naciones que pueden llamarse protestantes, se encuentran hoy más adelantadas que las católicas. Pero ese mayor adelanto puede ser efecto de la especial aptitud que el clima da á cada pueblo; y así es que, más bien que entre protestantes y católicos, los filósofos, lo mismo que los economistas, al establecer parangon de prosperidad y adelanto, hablan de razas, oponiendo las meridionales á las del Norte, las naciones de procedencia latina á las de origen sajón.

—¡Vamos, señor Cura! Sostengámonos, para ser muy breves, en un terreno de completa sinceridad. Yo he reconocido que nada absolutamente puede oponer la razon humana á las verdades del cristianismo, y me inclino ante todas, inclusa la divinidad de Jesucristo. Dígame V. á su vez con toda franqueza, si no cree que la amplitud dada por el protestantismo al criterio individual ha podido influir en bien de sus prosélitos.

—Sinceramente le contesto que, sin verlo completamente claro, coincide algo mi pensamiento con el de usted.

—¿Se me permite una palabra?

—¡Hable el Médico!

—Pues yo, con ménos miramientos que guardar,

diré á D. Julian que, segun las apariencias, tiene completamente razon: el catolicismo, exagerando quizá sus principios y en su afan de unir á la humanidad, ha coartado la libertad individual, ha hecho en lo moral cosa parecida á lo que quieren hacer los comunistas modernos en lo material, resultando para aquellos en un órden lo que resulta para éstos en otro: es decir, la escasez; pobreza de bienes en un caso y pobreza de moralidad en otro.

—¡Comunistas los católicos!

—Sí, señor Cura: ¿pues no son asociaciones comunistas la mayor parte de las Órdenes religiosas? Y en esto no hay que reparar mucho, porque varias sectas protestantes han pretendido copiarlas. Con el comunismo de bienes vivieron los primeros años las sectas disidentes de la Iglesia anglicana, que fundaron los primitivos Estados de la hoy tan poderosa Union del Norte-América. Pero al ver la ruina que resultaba, unos á los cuatro, otros á los seis y otros á los ocho años, reconocieron la propiedad individual, y hé aquí un hecho contra la opinion de D. Julian y contra la mia; pero es que los anglo-americanos, dotados de gran sentido práctico, supieron pararse á tiempo. ¡Ojalá se hubieran parado tambien los católicos...!

—¿Y cuándo queria V. que se hubiesen parado?

—Cuando se reconoció por ellos mismos el mal y se trató de corregirlo, convocando el Concilio de Trento.

—Pues qué!... ¿No se celebró ese Concilio?

—Sin duda; pero ya bajo la impresion de la rebelion de Lutero, sólo se atendió en él á vigorizar la disciplina

eclesiástica, dejando subsistir ciertos errores ó malas prácticas, restos del paganismo, y con los que maravillosamente se avenia el sensualismo, á que tanto se inclinaban los pueblos meridionales. Me refiero á la intervencion de los santos para hacer perdonar, no solamente simples pecados, sino hasta delitos y crímenes, de cuyas consecuencias ha habido y áun hay quien cree poderse librar, en fuerza de rezos y obsequios á determinadas imágenes y á los sacerdotes encargados de su culto.

—Con suprimir el culto externo, se habria evitado eso.

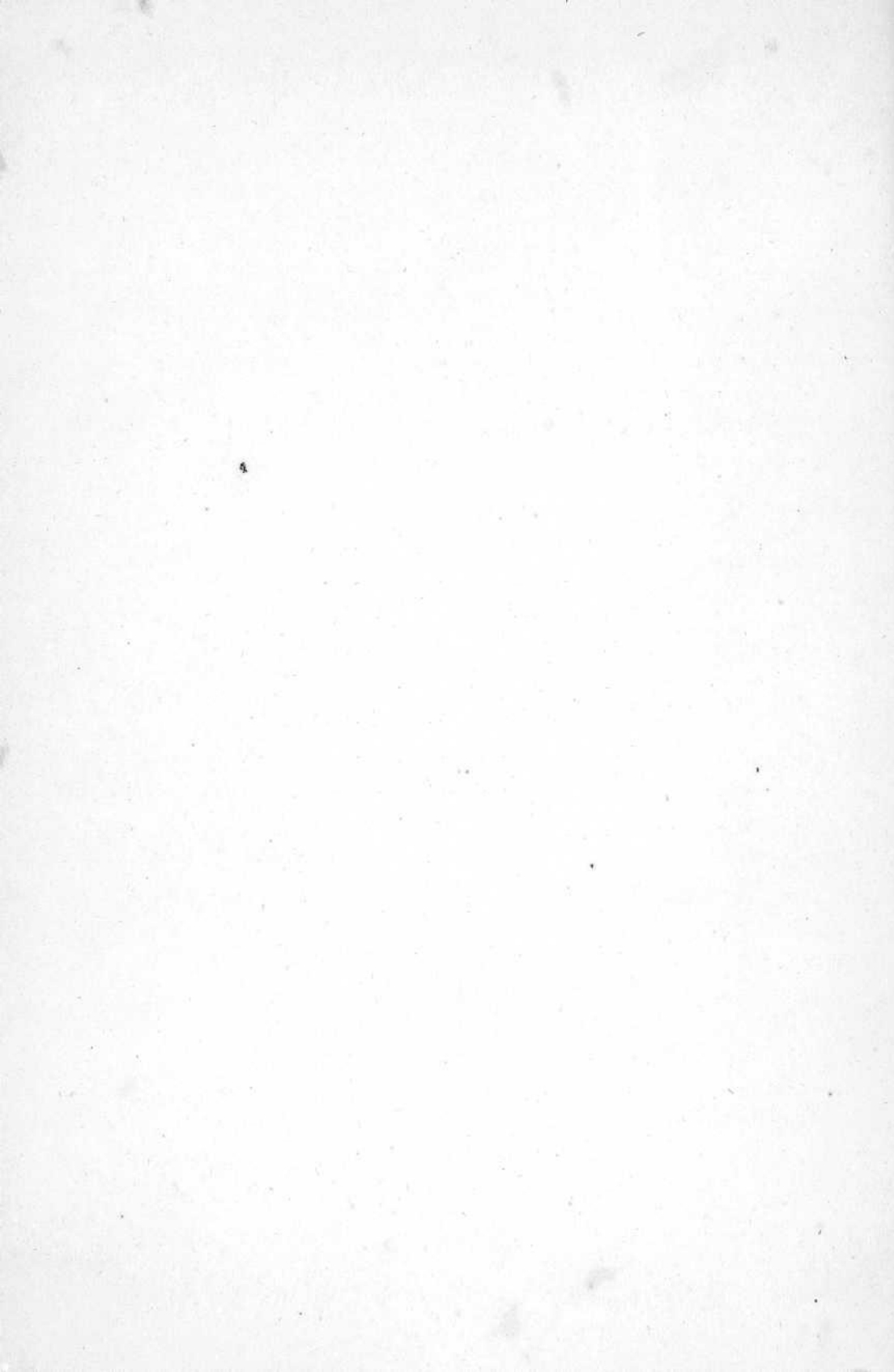
—El culto externo, D. Julian, es una necesidad y un deber para los hombres. Lo primero, que no requiere demostracion, se prueba prácticamente con el hecho de que, no digamos ya los pueblos, porque ninguno conozco que prescindiera absolutamente del culto, sino ciertos partidos políticos, al dejar el culto de Dios, han tributado otro culto á los hombres, y los mismos que se burlaban de que se llevára en procesion una imagen, á seguida han solido aclamar á un jefe, no avergonzándose de alumbrar con cirios devotamente su retrato en una manifestacion. En cuanto á lo segundo, se deduce de la misma idea de justicia, que todo hombre encuentra siempre en el fondo de su alma, segun ántes hemos dicho.

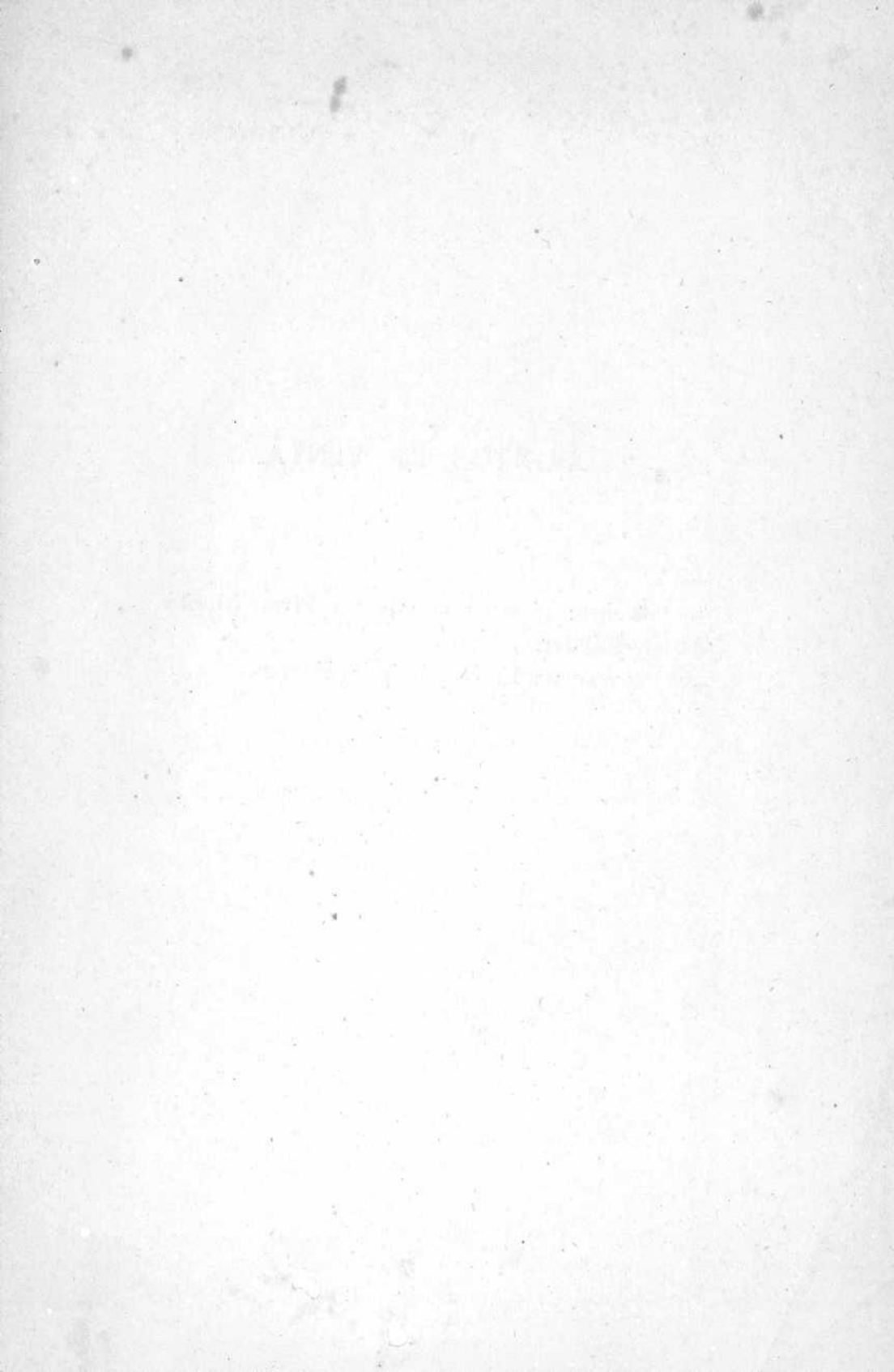
—Pase áun el culto en las iglesias, miéntras sea discreto y decoroso; pero el que hemos visto tributar en las calles á ciertas imágenes...

—El culto, señor Maestro, ha de adaptarse á la manera de ser de cada pueblo, y ningun mal puede caber en esto, miéntras sea una idea verdaderamente piadosa y desinteresada la que determine el acto.

ÍNDICE.

	Páginas.
ADVERTENCIA.....	5
CARTA-PRÓLOGO.....	9
*Conferencia primera.....	21
Segunda conferencia.....	37
Tercera conferencia.....	51
Cuarta conferencia.....	63
Quinta conferencia.....	77
Sexta y última conferencia.....	97





PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librerías de Moya y Plaza, Murillo y Bailly-Bailliére.

PROVINCIAS: En las principales librerías.

PRECIO: 12 REALES.

天
下
第
一
學
堂
藏
書

18

DUDDAS DEISTIO

REBO LLO.

TEBLO.